

Selección TERROR

TE ESPERO EN LA TUMBA

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

TE ESPERO EN LA TUMBA

Colección SELECCION TERROR n.° 479 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A,

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA MISMA COLECCION

474 — Angel del infierno, *Adam Surray.*
475 — El sello escarlata, *Clark Carrados.*
476 — Junto al pavoroso cementerio, *Ada Goretti.*
477 — El arca de la maldición, *Clark Carrados.*
478 — A solas con Charly, *Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 10.710-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982 1.a edición en América: noviembre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

A través del delgado tabique, la mujer podía escuchar retazos de la conversación que dos hombres sostenían al otro lado.

—La verdad es que nos parecemos bastante —dijo uno de ellos.

—Podrían tomarnos por hermanos, en efecto —contestó el otro.

—Sin embargo, el parecido no es suficiente...

—Oh, vamos, vamos, usted es lo suficientemente hábil como para poder imitar mi... Edna Creighton no pudo escuchar el resto de la frase. Un tanto decepcionada, encendió un cigarrillo y continuó tendida en su camastro.

—Bueno, la paga parece suficientemente buena para aceptar el trato, señor...

—¡No pronuncie nombres! —exclamó el otro—. No es necesario, ¿comprende?

—Como quiera. Pero, si no le importa, podría darme un anticipo a cuenta...

—Dos mil dólares...

—Vamos, no me tome por imbécil. Voy a hacer un trabajo muy desagradable y tendré que soportar los improperios que... —Edna perdió de nuevo el resto de la frase y luego el hombre elevó la voz nuevamente—. Y, según parece, algunos hasta quieren... daños físicos...

—Oh, no, no ¡legarán a tanto. Pero, de todos modos, reconozco que su tarea no será agradable, sobre todo, teniendo en cuenta las posibilidades de una investigación judicial...

—En tal caso, el anticipo será de cinco mil y el total, diez mil más, cuando usted haya quedado libre de sus problemas. Me lo dará por escrito y yo le devolveré el recibo cuando hayan terminado sus... problemas.

—De acuerdo —se resignó el otro—. ¿Cuándo puede empezar?

—Necesito una semana. He de estudiar a fondo mi papel...

—Le he traído un par de folios con los datos más importantes de mi vida...

—Estupendo, eso me ahorrará preguntas. Ah, tengo entendido que es usted casado.

—Sí, claro.

—Bien, eso puede plantearnos ciertos problemas... Sonó una risita.

—No se preocupe por esa minucia. Estamos casados, es cierto, pero nuestras relaciones tienen el mismo calor que el Polo Norte. Esa será también otra ventaja de su trabajo, pero no abuse; ella podría sospechar y todo se iría al cuerno.

—Déjelo de mi cuenta. Le aseguro que la sustitución resultará tan

fiel, que nadie lo notará.

Sobrevino un espacio de silencio. Luego, Edna oyó que los dos hombres se despedían. Primero marchó uno. El otro silbó alegremente. Luego se marchó también.

Minutos más tarde, llamaron a la puerta. Edna dio permiso y un hombre joven y bien parecido entró en la habitación.

—Hola —saludó jovialmente—, ¿Todo bien?

—Hasta ahora, ni rastro del pájaro, Dextry —respondió ella.

—Bueno, creo que ya no será necesario que sigas aquí, muñeca. El jefe dice que podemos suspender la vigilancia.
—¡Menos mal! Empezaba a sentirme harta de este maldito antro y del papel que me asignaron...
Dextry Hayden contempló a la mujer unos instantes y sonrió. Aparentaba unos treinta y cinco años, pero era debido al maquillaje, que, además, le confería un aspecto de mujer gastada y cansada de todo y de todos. En realidad, no había cumplido aún los treinta años, pero realmente tenía mucha experiencia de la vida.
Ahora estaba vestida solamente con el sostén y las bragas, además de las medias negras con liguero del mismo color. Tendida en la cama, con un cigarrillo humeante en los labios, tenía las piernas cruzadas y ofrecía realmente el aspecto que querían que tuviese: una prostituta veterana y escéptica.
—En cierto modo, tu papel ha dado los resultados apetecidos —contestó Hayden—. Bien, si quieres vestirte, ajustaré la cuenta en recepción...
—Dextry, ¿tienes prisa? —preguntó Edna.
—Oh, ninguna. ¿Por qué lo dices?
Ella soltó una risita.
—Ya que he desempeñado un papel ficticiamente, ¿por qué no convertirlo en algo real? Hayden sonrió.
—La verdad, no me desagradaría comprobar tus... habilidades —dijo.
Edna tiró el cigarrillo a un rincón y empezó a soltarse los broches del portaligas.
—Me darás un 10, como a la Bo Derek —aseguró.

*
*
*

Contempló con aprensión los rostros torvos y hostiles que tenía en semicírculo frente a él. Sin poder evitarlo, se pasó una mano por la garganta.
—Creí que la reunión sería...
—¡Silencio! —exclamó uno de los congregados—, Matson Moyle, ya no tienes derecho a hablar. Nos has engañado miserablemente, has traicionado nuestra confianza y te has aprovechado de la fe que pusimos en ti para robarnos descaradamente. Por dicha razón, los que estamos aquí presentes acordamos darte una lección que te sirva de escarmiento.
—Estoy dispuesto a pagar mis errores...
—Sí, pero no en la forma que te imaginas.

—¡No, por Dios! —chilló—. Dadme veinticuatro horas de tiempo, sólo un día… Sonó un disparo. Moyle se tambaleó.
—Estáis en un error. Yo no…
El revólver detonó de nuevo. Las manos de Moyle se apoyaron un instante en la mesa. Ahora había odio en sus ojos.
—Malditos… os espero a todos… en la tumba…
Las rodillas se le doblaron y cayó al pie de la mesa. El hombre que había disparado dio la vuelta y se inclinó hacia él.
—Está muerto —dijo al cabo de unos instantes.

Miró a las personas reunidas: tres hombres más y dos mujeres. Todos estaban muy pálidos, pero ninguno parecía lamentar lo ocurrido.

—Bien —dijo el hombre—, he disparado yo y no me arrepiento. En teoría, soy el culpable, pero quiero que todos tengan presente una cosa: es preciso guardar un secreto absoluto sobre lo sucedido. Si, por culpa de alguno de los presentes, yo tuviera que ir a la cárcel, saldría a relucir un documento en el que menciono todos los nombres de todos los presentes. También digo que acordamos ejecutar a Moyle y que sorteamos a la persona que debía encargarse de ello. Todos firmaron ese documento y quedarían gravemente comprometidos si se hiciese público.

—Callaremos —dijo una de las mujeres.

—No tienes nada que temer, Andy —exclamó otro de los presentes—, A nosotros, tanto como a ti, nos conviene un silencio absoluto.

—Pero, ¿sabrán que hemos estado aquí? —dudó uno.

—Si no lo divulgamos nosotros mismos, ¿quién lo va a saber? Hacía meses que la casa estaba deshabitada. Todos saben que Moyle ya no vivía aquí. Nadie le ha visto venir y nosotros hemos llegado desde el Sur, sin pasar por Huttleton.

—Lo que no acabo de comprender muy bien es por qué accedió a reunirse aquí con nosotros —dijo el otro.

Andy Wackerman soltó una risa burlona.

—Le dije que estábamos dispuestos a considerar sus errores y que, incluso, si sus explicaciones nos dejaban satisfechos, podríamos darle una nueva oportunidad y hasta suministrarle los fondos suficientes para reponer lo desfalcado. El muy imbécil se lo creyó...

—Sí —se lamentó la otra mujer—, pero yo he perdido casi ochenta mil dólares y no volveré a recuperarlos.

—Todos habíamos perdido el dinero, apenas se lo confiamos a Moyle —dijo Wackerman ceñudamente—. Sólo que entonces no lo sabíamos, pero tampoco volverá a burlarse de nosotros.

Guardó el revólver en el bolsillo y movió una mano.

—Creo que es hora de que nos marchemos —añadió—. Cada uno por su lado y sin cometer imprudencias que puedan resultarnos fatales.

Lisa Farr se puso en pie y miró estremecida al muerto. . —Dijo que nos esperaba en la tumba...

—¡Bah, tonterías! —farfulló Wackerman—. Una vez oí decir a un médico que, a veces, cuando un hombre es herido mortalmente, sufre un brevísimo delirio. Moyle deliraba, eso es todo.

* * *

Era una mujer muy hermosa, espléndidamente conservada a sus

cuarenta años, y miró estupefacta al hombre que acababa de entrar en la casa.

—No, no puede ser... Tú estás muerto, Matson... El hombre se echó a reír.

—¿Muerto? Edith, ¿acaso crees en apariciones?

Edith Moyle tuvo que sentarse en una silla. Las piernas se negaban a sostenerla.

—Pero... yo te vi en la casa de Holmfield... Estabas muerto; yo te identifiqué... y también la Policía...

—Fue un error —dijo Moyle—. Tengo que explicártelo todo, y lo explicaré también a la Policía. Ciertamente, yo no esperaba que se produjera un desenlace semejante; de lo contrario, no habría contratado a aquel hombre para que ocupase mi puesto.

-¿Qué estás diciendo? No entiendo absolutamente nada...

—Un momento de calma, por favor —rogó él, mientras se acercaba a la consola de los licores—. Espera unos minutos y lo sabrás todo.

—Al menos, podrías decirme dónde has estado —se quejó ella. Moyle tomó un trago y chasqueó la lengua.

—No ha perdido nada de su virtud —dijo, complacido—, Edith, querida, te juro que, a partir de ahora, voy a cambiar radicalmente y que seré otro hombre distinto. Ya no habrá más peleas entre nosotros; ya no tendrás que soportar mis devaneos. A partir de este momento, me dedicaré solamente a ti. ¿Me has oído?

—Si fueses sincero... Dijiste tantas veces lo mismo...

—Ahora será diferente. Viviremos una nueva vida, una existencia radicalmente distinta, te lo juro. Sin embargo, voy a pedirte un favor. No me preguntes, por el momento, dónde he estado todo este tiempo. Algún día lo sabrás, te lo prometo. Confía en mí, querida.

Edith hizo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, pareces otro... pero eres el mismo. —De pronto, lanzó un pequeño grito—, ¡Dios mío! ¿Qué le dirás a la Policía?

Moyle bajó la cabeza.

—La verdad, no tengo otra salida —respondió—. Contraté a un artista para que ocupase mi puesto en la reunión de mis clientes. Sabía que iba a ser un acto sumamente conflictivo. La verdad, temía sus reproches. En el fondo, tenían razón; había dilapidado el dinero que me confiaron, en absurdas especulaciones. Por supuesto, nada ilegal; solamente equivocado. No pueden llevarme a la cárcel por unos errores que podría cometer cualquier profesional como yo. Pero nunca pude imaginarme que aquella reunión acabase de tan mala manera...

—Le asesinaron de dos balazos. Nadie ha sabido quién lo hizo, Matson. El cuerpo apareció devorado por las ratas. Ni siquiera se pudieron tomar las huellas dactilares. Yo lo reconocí por el reloj, la billetera y el anillo de boda...

—Mujer, está claro que tenía que dejarle mis objetos personales y mi ropa —rió Moyle—. Pobre hombre... ¿Cómo podía imaginarme

yo que acabase de tan mala manera?

—Matson, si mataron a tu doble, tienes que saber a la fuerza quién lo hizo. ¿Lo denunciarás a la Policía?

—Creo que no, y te pido que calles. Eran seis, pero sólo uno de ellos disparó el arma homicida. No creo que delaten al autor material de la muerte y, además, estando yo vivo, ¿qué interés puedo tener en que se castigue al asesino? Bastante tendrán con saber que estoy vivo. Ellos también guardarán silencio, descuida.

—Bien —dijo Edith—, ¿qué piensas hacer ahora?

—Lo primero de todo, llamar a la Policía. Les explicaré la verdad y ofreceré toda clase de disculpas. Después… ¿qué te parece si emprendemos un largo viaje, una especie de segunda luna de miel?

—¿Hablas en serio, Matson? Moyle asintió sonriendo.

—Te he dado mi palabra de cambiar de vida y estoy firmemente dispuesto a cumplirla —respondió.

Aquella noche, la señora Moyle recibió pruebas irrefutables de las promesas de su marido. Jamás lo había encontrado tan apasionado ni tan ansioso de hacerla feliz. Al día siguiente, cuando despertó, se sentía la mujer más dichosa del mundo.

CAPITULO II

Dextry Hayden contempló unos instantes el cadáver y luego meneó la cabeza apesadumbrado.

—No ofrece un aspecto muy agradable —dijo. El sargento Rorbach torció el gesto.

—El horror se ha petrificado en su rostro, si se puede expresar con una frase semejante

—dijo—. Parece como si, antes de morir, hubiese visto algo espantoso, inno... inme... Rorbach se atascó. Hayden contuvo una sonrisa.

—Innombrable —dijo.

—Eso es, señor. No me salía la palabreja... ¿Verdad que a usted le da también la misma impresión?

—Sí, sargento, estoy de acuerdo con usted. No me cabe la menor duda de que el doctor Starleck vio algo verdaderamente horripilante antes de morir, pero, ¿qué es lo que vio?

Rorbach paseó la mirada por el interior del lugar, un laboratorio que aparecía completamente devastado. Era la estampa viva de la destrucción más absoluta.

—Parece como si hubiera querido crear un monstruo, lo mismo que el doctor Frankenstein, y el monstruo se le hubiera escapado a su control y luego destruido todo cuanto encontraba a su alcance...

—Eso sólo pasa en las películas de miedo, sargento —dijo Hayden—. El doctor era hombre muy fuerte y debió de resistirse ferozmente al ataque del ladrón, eso es todo.

—¿Cree usted que fue un ladrón...?

Hayden señaló con el pulgar hacia la puerta.

—Hemos encontrado abierta su caja fuerte, completamente vacía. Para mí que el doctor Starleck sorprendió al ladrón y éste, para no verse descubierto, lo mató.

Un hombre entró apresuradamente en aquel momento, con un maletín negro en la mano.

—Hola a todos —saludó con viveza—. Me han avisado de que hay un «fiambre»... Ah, está ahí. Bueno, no tiene muy buen aspecto... ¡Caramba, pero si es...!

Hayden sintió cierta sorpresa al oír la exclamación del forense.

—¿Lo conocía usted, doctor?

—Hace años, tuvimos cierta relación. A fin de cuentas, soy médico forense y trato prácticamente sólo con los difuntos. Starleck investigaba algo sobre una posible prolongación de la existencia.

—Ah, vamos, una especie de droga de la juventud... —sonrió Hayden.

—Nada de eso, jovencito irrespetuoso. Lo que Starleck pretendía, según dijo, era prolongar la vida después de la muerte. Un absurdo, evidentemente.

Hayden se quedó atónito.

—Es decir, una persona puede morir, pero luego sigue viviendo…

—Algo por el estilo. Claro que, por educación, no le dije lo que pensaba de sus chiflados experimentos, aunque, eso sí, en cuanto me enteré de sus verdaderos propósitos, le dije que me dejase en paz. Con buenas palabras, claro; uno es persona educada… Bien, vamos a ver de qué ha muerto este pobre demente…

El forense se arrodilló junto a la victima y la examinó rápidamente.

—El diagnóstico, por ahora, es rotura de vértebras cervicales —dijo —. El asesino entendía algo de lo que ahora se ha dado en llamar artes marciales. Lo agarró por el pescuezo, hizo presión con los pulgares y empujó hacia atrás... Seguramente, fue un empujón rápido, muy seco, y el fallecimiento se produjo instantáneamente. De todas formas, esperaré para darle un informe más detallado, cuando le haya hecho la autopsia.

—Doctor, ha mencionado las artes marciales, pero romper el cuello de una persona requiere mucha fuerza —opinó Hayden.

—Según las circunstancias, aunque tiene usted buena parte de razón. Yo también me inclino a creer en la hipótesis de un asesino muy robusto. En fin, eso ya es cuenta de ustedes, los de Homicidios. Ya pueden enviar el cadáver al depósito, teniente.

—Gracias, doctor.

El médico se marchó. Un policía entró en aquel momento con un papel en la mano.

—Teniente, hemos encontrado esto al pie de la caja fuerte —informó. Hayden tomó el papel.

—Aquí se menciona un nombre, Matson Moyle —murmuró—. Roadhill Side, ochocientos sesenta y seis, Huttleton.

—Eso está a cincuenta y tantos kilómetros, señor —dijo Rorbach.

—Bien, pero no deja de ser un dato que pueda tener su utilidad. Llamaré por teléfono al tal Moyle... o quizá vaya personalmente a verle. De todas formas, vamos a iniciar in- mediatamente las pesquisas para ver si damos con el autor del crimen.

Dos hombres entraron con una camilla y se llevaron el cuerpo del doctor Starleck, cubierto con una manta. Al salir, el sargento Rorbach volvió a lanzar una mirada al arruinado laboratorio. Luego emitió un bufido:

—¡Prolongar la vida después de la muerte! ¡Vaya una estupidez!

Hayden detuvo el coche frente a la pequeña comisaría de Policía de Huttleton y se dispuso a desembarcar. En las inmediaciones de la puerta, apoyada negligentemente en el tronco de un grueso castaño de Indias, una chica le miraba con una expresión que calificó de desvergonzada.

Era muy joven, apenas tendría veintidós años, y el pelo, dorado claro, estaba peinado de una forma casi infantil. Vestía camisa clara, a cuadros, un chaleco de punto de color rojo vivo y pantalones de color café.

«Dentro de nada, encenderá un cigarrillo de “hierba”. Luego acabará con el brazo lleno de pinchazos...», pensó Hayden melancólicamente.

Abrió la portezuela y saltó fuera. Entonces, la chica se despegó del árbol.

—Hola, soy Vyrna Erickson —se presentó desenvueltamente.

—Dextry Hayden —dijo él, aceptando la mano que ella le tendía con gran espontaneidad—, ¿Pertenece usted al comité . de bienvenida a los forasteros, señorita Erickson?

—No. Yo trabajo en el *«Huttleton Times»* —contestó ella—. No es el de Nueva York y sale solamente los miércoles y sábados, pero, vaya, nos defendemos.

—Ah, periodista… Mi lema es estar siempre a bien con la prensa. «No te metas nunca con un periodista o acabarás crucificado» —exclamó Hayden riendo alegremente.

—Una frase muy bonita, aunque algo inexacta. ¿Quién la pronunció, señor Hayden?

—Barrabás.

—Pero no lo crucificaron.

—Por eso mismo, porque no se metió con los periodistas de la época.

—Entonces, no había periodistas.

—¿Cómo que no? Estaban Mateo, Marcos, Lucas y Juan. No me negará usted que no escribieron bonitos relatos de lo que sucedió entonces. Vyrna se echó a reír.

—Es usted terriblemente... simpático —dijo—. De modo que periodistas bíblicos, ¿eh?

—Sí, y además, introdujeron una costumbre funesta, que han seguido todos los de la profesión hasta nuestros días. Ningún Evangelio dice lo mismo, de una forma absoluta. Las cuatro versiones difieren en algunos detalles, otros los omiten...

—Y eso hacemos también los periodistas actuales.

—Sí, aunque no se lo digo a nadie. Vyrna volvió a reír.

—Bien, señor Hayden, si me cuenta usted lo que ha venido a hacer en Huttleton, veré de ser fiel a su relato, para que dentro de dos mil años no me acusen de inexacta. ¿Puede decirme qué le trae aquí?

—No tengo ningún inconveniente. Quería hablar con un tal Matson Moyle, pero telefoneé desde Los Angeles y me dijeron que estaba de viaje con su esposa.

—Es cierto —contestó la chica—. ¿Puedo saber qué tiene que preguntarle al señor Moyle, el resucitado, como se le llama ahora aquí?

Hayden enarcó las cejas.

—¿Resucitado? ¿Acaso había muerto?

—Oh, es una historia fantástica... y me parece que no me creería si se la contase yo. — Vyrna señaló con el pulgar hacia la puerta de la comisaría—. Entre, pregunte y luego salga y le daré mi versión de los hechos, señor Hayden.

El joven echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Con una condición —dijo—. Permítame invitarla a cenar cuando salga. Estoy seguro de que usted conoce un buen restaurante donde podremos charlar con toda tranquilidad.

—Sé de uno donde guisan el pollo de tal forma, que uno lamenta luego no ser perro, por tener que dejar los huesos en el plato —contestó Vyrna con buen humor.

* * *

Hayden tomó un sorbo de vino y luego se echó atrás en su silla.
—Tenía usted razón, señorita Erickson. En estos momentos, me gustaría ser perro para comerme los huesos. ¿No dispone usted de una varita mágica que permita semejante transformación por cinco minutos?
—No, sólo soy una mortal sin poderes extraordinarios. Celebro que le haya agradado la cena, señor Hayden.
—Estaba estupenda, de verdad. Y, dígame, ¿qué pasó cuando se descubrió que el muerto de la casa de Holmfield no era Moyle?
—Oh, hubo algo de escándalo, naturalmente. A la gente no le gustó mucho lo que había

hecho Moyle, pero, ¿qué se le podía reprochar, siquiera oficialmente?
—Desfalcó dinero, según parece.
—La calificación oficial es de especulaciones erróneas. ¿Quién va a la cárcel por eso?
—Sí, tiene razón. Pero, ¿qué dijeron las víctimas?
—Supongamos que usted hubiese confiado su dinero a Moyle. ¿Qué habría dicho?
—No lo sé, no tengo cincuenta o cien mil dólares para confiárselos a un agente financiero. Pero me tiraría de los pelos, por lo menos.
—Ellos se han resignado, no les queda otro remedio —dijo Vyrna —. A mi padre también le tocó un «pellizco». Sólo diez mil, afortunadamente.
—¿Ha habido más casos en Huttleton?
—Seis, principalmente. Los demás eran cantidades ínfimas.
—Y el total de las pérdidas asciende a...
—En cifras redondas, algo más del medio millón de dólares. Desde luego, si hubiésemos de considerar sospechoso a alguien, lo encontraríamos entre los seis que perdieron las sumas más altas de dinero.
—No haga caso, Vyrna. Yo he visto a personas que han matado por menos de diez dólares. Una persona puede perder cien mil y enfurecerse terriblemente, pero sin llegar al asesinato, cosa que sí puede ocurrirle a otra que sólo haya perdido la centésima parte. Ella parpadeó.
—Parece que tiene experiencia —observó.
—La tengo —contestó él—. Pertenezco al Departamento de Homicidios de Los Angeles, con el grado de teniente.
—¡Tan joven! —exclamó Vyrna, arrobada.
—He sudado mucho —sonrió él—. Y mi nombramiento data solamente de unos pocos meses.
—Habrá adelantado a otros policías más veteranos...
—Claro, le puse una pistola en el pecho al jefe y le dije: «O me nombra teniente o le envío al infierno.» Y, naturalmente, el jefe accedió...
Vyrna se echó a reír.
—No le creo, pero admitiré como bueno su nombramiento. Ahora, dígame exactamente:
¿Qué ha venido a hacer en Huttleton? ¿Por qué le interesa tanto la muerte de Matson Moyle?
—Hubo un asesinato y murió un médico que investigaba en determinada rama de la biología. En su despacho particular, encontramos el nombre de Matson Moyle, y su dirección en Huttleton.

—Por eso está aquí —dijo la chica.

—He hablado con el jefe Brunhold —contestó él—. La verdad es que se siente muy perplejo por la muerte de Moyle.

—No es un hombre de muchas luces —calificó Vyrna—. Claro que Huttleton es una población muy pequeña y nunca ocurren grandes cosas. Por eso no me extraña que no haya encontrado al asesino del hombre que se hizo pasar por Matson Moyle. Supongo que el jefe Brunhold le habrá enterado de esta particularidad tan extraña del caso.

—Sí, Moyle contrató a un actor para que representara su papel, en la reunión que iba a tener con los perjudicados en mayor escala, pero nunca se imaginó que su «doble» fuese

asesinado. Jack Brunhold tiene enorme interés en resolver el caso, pero no sabe por dónde empezar. Por eso me ha pedido que lo investigue yo.

—¿Ha aceptado? Hayden sonrió.

—Con el permiso de mi jefe, que Brunhold ha solicitado, ahora pertenezco provisionalmente a la fuerza policial de Huttleton —contestó.

—Es una noticia sensacional. La publicaré inmediatamente en mi periódico —exclamó Vyrna entusiasmada.

Hayden se frotó la mandíbula.

—Hay muchas cosas extrañas en este asesinato —dijo—. Necesitaré la ayuda de una persona que conozca bien a la gente de Huttleton. Usted, por ejemplo.

—¿Yo? —se sorprendió ella.

—¿Por qué no? Es periodista y conoce, supongo, a la inmensa mayoría de la población. Yo soy forastero y necesito a una persona de sus características, Vyrna.

La muchacha reflexionó unos instantes.

—Acepto —dijo al cabo—. La verdad, es que yo también me siento muy intrigada por las circunstancias tan extrañas que concurren en el caso. Y no es la menos extraña de todas que el actor que representaba a Moyle fuese enterrado en la cripta de la misma casa en donde fue asesinado.

CAPITULO III

El hombre se detuvo unos instantes, irresoluto, a la entrada de Huttleton. La hora era ya muy avanzada y no se veía un alma por la calle.

Caminaba de una forma muy extraña, aunque normal en apariencia para el que no le concediera más que un simple vistazo. Un observador más atento, habría apreciado que la marcha del hombre tenía mucho de mecánica, como si fuese un robot desprovisto de vida.

Sus ojos estaban abiertos y no parpadeaban. Las pupilas carecían de brillo. El color de su rostro era casi amarillento.

Al cabo de unos minutos, se detuvo ante la entrada de un jardín, que rodeaba un edificio de agradable aspecto. Había una cerca de madera, de metro y medio de altura, y la puerta estaba cerrada con llave.

El hombre alargó las manos y las maderas de las puertas saltaron en astillas. Siguió avanzando y llegó a la puerta de la casa. Su índice presionó el timbre de llamada.

Transcurrió casi un minuto. De pronto, se abrió la puerta y un hombre en bata, con ojos cargados de sueño, apareció en el umbral.

—¿Qué diablos quiere a estas horas? —preguntó de mal talante?

Antes de acabar la frase, ya había percibido el horrible hedor que se desprendía de aquel sujeto. Lou Krone se tambaleó, invadido por un absoluto horror.

—No... no puede ser... —gimió—. Tú estás muerto... Eres el hombre a quien creíamos Moyle...

—Te espero en la tumba —dijo el otro con voz hueca—. Ven pronto, no tardes, Lou Krone.

Giró sobre sus talones y se alejó, sin volver la cabeza atrás una sola vez. Las piernas de Krone temblaron convulsivamente.

Entró en la casa y llenó un vaso de whisky, que despachó de un solo trago. El licor no mejoró en absoluto su estado de ánimo.

Arriba, en el primer piso, la señora Krone llamó a su marido:

—Lou, ¿quién es el importuno?

—Nadie, no te preocupes... Vuelve a dormir, yo subiré en seguida.

El doble de Moyle había dicho que le esperaba en la tumba. Era una broma de mal gusto, no cabía duda.

Pero una horrible duda se había infiltrado en su mente. ¿Y si aquel sujeto, a quien no habían visto antes jamás, no había muerto realmente?

De pronto, tomó una decisión. Era fácil averiguar la verdad. Bastaba con ir a Holmfield y...

Colgado del perchero del vestíbulo, estaba su impermeable. Se lo

puso encima del pijama y salió de la casa, dirigiéndose al garaje donde guardaba su coche. Era cuestión de media hora, una como máximo, se dijo, mientras accionaba la llave de contacto.

*

*

*

Pipp Dwell despertó del sueño alcohólico en que se había sumido a! hacerse de noche y sacudió la cabeza como un perro mojado. Entonces se dio cuenta de que estaba en un banco del parque.

Movió la boca y la lengua, intentando hacer algo de saliva. Hizo toda clase de visajes y, al fin, llegó a la conclusión
de que sólo un buen trago de whisky le volvería a la normalidad.

La botella estaba caída en el suelo de tierra. Dwell la recogió y vio amargamente que no quedaba una gota de licor.

Poniéndose en pie, hurgó en sus bolsillos. No le quedaba una sola moneda y en el bar de Nichol, *el Griego,* que estaba abierto toda la noche, no le fiaban ya ni un vaso de agua.

De pronto, vio venir a un hombre por el sendero enarenado. Dwell se despabiló del todo.

Agarró la botella. No era la primera vez que atontaba a un descuidado viandante y le vaciaba luego los bolsillos. Y nunca le habían pillado, porque era lo suficientemente astuto como para no quedarse otra cosa que dinero. Ni reloj, ni joyas personales, ni otras cosas que pudieran permitir más tarde la identificación del asaltante,

—El dinero no tiene nombre —tartajeó, cuando el sujeto estaba ya a su altura,

Dwell levantó la botella. Inmediatamente, se puso a temblar convulsivamente. Sin fuerzas para descargar el golpe, se sintió invadido por una oleada de hedor, horriblemente repugnante.

El hombre volvió la cabeza un instante y le miró con ojos que parecían hallarse en otro mundo. Dwell apreció también dos agujeros negros en la pechera de su camisa, Pero casi al mismo tiempo, aquel cadáver andante —al menos, así se lo pareció a él en aquellos momentos—, levantó la mano izquierda y le empujó hacia atrás.

El golpe no fue muy fuerte, pero Dwell retrocedió con violencia indescriptible, como si un gigante le hubiese asestado un puñetazo con todas sus fuerzas. Retrocedió a la carrera, empezó a caer, su cabeza chocó contra el tronco de un árbol y, después de ver millares de estrellas, perdió el sentido.

*

*

*

Estaba sentado en el coche, consultando una agenda de bolsillo, cuando, con el rabillo del ojo, vio salir a Vyrna del edificio donde se hallaba la redacción del *Huttleton Times.*

—¿Qué está haciendo, Dextry?

—Oh, nada de particular. Consultaba la lista de posibles sospechosos. Usted me dio anoche los nombres.

—¿Ha incluido a mi padre entre ellos?

—De momento, pondré mi atención en los que perdieron más dinero. Anoche, después de dejarla a usted en su casa, fui a la jefatura de Policía y estuve repasando el expediente relativo al asesinato del doble de Moyle.

—¿Encontró algo de particular?

—Bueno, aparte del nombre del muerto, capté un detalle que me llamó poderosamente la atención. Las seis personas que perdieron más dinero en las

especulaciones de Moyle se hallaban ausentes de la ciudad, precisamente el día en que se cometió el asesinato.

—Según tengo entendido, ofrecieron coartadas inatacables.

—Muy cierto, pero no siempre una coartada inatacable… resulta invulnerable. A veces, hay gente que miente por amistad o por dinero, Vyrna.

—Sí, es posible —convino ella.

—Todos los demás perjudicados estaban en Huttleton aquel día. Incluido su padre.

—Gracias por no considerarlo sospechoso —sonrió Vyrna—. ¿Deduce, pues, que sólo entre esas seis personas está el asesino?

Hayden guardó la agenda en un bolsillo y dio el contacto, para hacer arrancar el coche.

—Me gustaría interrogarles personalmente, uno a uno. Lo extraño es que nadie se diese cuenta de que se enterraba a un hombre que no era Moyle.

—Pasó casi una semana. Las ratas se despacharon a su gusto. El jefe Brenhold dijo que era algo horrible. Las manos estaban completamente descarnadas.

—Una semana… ¿Y cómo la señora Moyle no advirtió la ausencia de su marido?

—Las relaciones entre ambos no marchaban por el buen sendero, en los últimos tiempos. Además, él permanecía ausente durante un par de semanas o más, y ni se molestaba en avisar de su marcha.

—Entonces, ella ignoraba que su esposo, es decir, el doble, había muerto, hasta que fueron a avisarla.

—Exactamente. Un cazador furtivo pasaba por la casa cuando descargó una fuerte tormenta. Entró para refugiarse y descubrió el cadáver.

—Ya —murmuró él pensativamente—. Pero resulta extraño que lo enterraran en la cripta…

—Estaba dispuesto así en el testamento. Y como todos creían que era Moyle, se ejecutó su última voluntad.

—Comprendo. Allí está ahora, enterrado, un tipo llamado Hedyll Farmer, actor profesional, quien no se imaginó que el papel que iba a desempeñar seria el último de su vida. Y ahora, Moyle, el culpable de todo, pero al que no se puede castigar legalmente, está disfrutando de la vida… y del dinero de los demás.

—En esos asuntos económicos, las mallas de la red tienen unos agujeros enormes.

Moyle supo encontrarlos, eso es todo —contestó Vyrna.

—Un tipo astuto, no cabe duda —calificó Hayden—. Vyrna, ¿ha estado alguna vez en Holmfield?

—Un par de veces, pero hace ya muchos años. En los últimos

tiempos, los Moyle tenían abandonada la casa. Está en un lugar poco agradable y un tanto malsano, debido a los pantanos que hay en las inmediaciones. Pero, en cambio, es el paraíso de los cazadores de aves acuáticas.

—Pantanos, arenas movedizas...

—No, no las hay, afortunadamente. En realidad, los pantanos no son sino el resultado del curso del río, que en aquella zona tiene muy escasa pendiente y se ensancha en numerosos brazos. Moyle quería desecar la zona, pero intervino la ecología y tuvo que abandonar la idea. Naturalmente, abandonó también la casa y, aunque quiso venderla, nunca encontró comprador.

—Podía haberla alquilado a los cazadores.

—Algo de eso creo que intentó, pero pedía un precio excesivo y la cosa no llegó a término.

Poco más tarde, salieron de la carretera a un camino tortuoso, que corría entre árboles y matorrales. Minutos después, alcanzaron una ligera pendiente, desde la que se divisaba un extenso panorama.

Hayden vio a lo lejos grandes charcos de agua, entre juncos, carrizos y otras plantas acuáticas, además de numerosos sauces. Mucho más cerca estaba Holmfield, el lugar donde varias semanas antes un actor había sido asesinado en el lugar de la persona que debería haber muerto.

*

*

*

La casa ofrecía un aspecto deprimente, pese a que se veía bien cuidada. El estilo no tenía nada de particular, se dijo Hayden: planta baja, primer piso y desván. Pero estaba construida en piedra y resultaba sólida.

—Vyrna, una casa como Holmfield no ofrece la apariencia de tener una cripta. Eso queda para edificios más antiguos, castillos y otros, pero nunca para una casa que, calcu- lo, fue construida menos de cincuenta años atrás.

—A Moyle le gustaba mucho darse ínfulas. Su familia era muy antigua en la comarca, y él lo interpretaba como signo de nobleza. Por eso llamaba cripta a lo que, en mi opinión, no es sino un sótano, antiguamente destinado a bodega y almacén de víveres y de trastos viejos.

—Pero está enterrado ahí.

—Eso es cierto.

Hayden detuvo el coche. Luego avanzó hacia la puerta, con una llave en la mano.

—Me la dejó el jefe Brenhold —explicó.

Abrió la puerta. Aunque entraba luz por las ventanas, tanteó el interruptor, pero no se encendieron las lámparas.

—Aquí había luz, cuando funcionaba el generador, ya que no hay acometida a la línea principal de corriente —explicó la muchacha.

Hayden divisó un quinqué situado encima de un enorme arcón y lo agitó ligeramente.

—Bueno, al menos, hay petróleo.

Sacó un fósforo y encendió la mecha. Luego avanzó directamente hacia una puerta situada al fondo.

—Eh, conoce la casa —exclamó ella.

—He estudiado el plano que hay en 1a Jefatura.

—No deja un detalle al azar, ¿verdad?

—Vyrna, es mi profesión —contestó él.

Abrió la puerta y contempló la escalera de peldaños de piedra que se hundía en el subsuelo. La atmósfera le pareció densa, pesada, ligeramente maloliente, pero inició el descenso sin vacilar.

Cuando llegó abajo, seguido por la muchacha, vio en el centro del enorme sótano una

especie de túmulo, construido con ladrillos, recubiertos de yeso. Encima del túmulo había un sarcófago del mismo material, en uno de cuyos costados había una inscripción pintada con caracteres negros, indicando el nombre del ocupante del sarcófago y las fechas de su nacimiento y muerte.

—Iban a poner más adelante una lápida, pero abandonaron la idea cuando «resucitó» Moyle —dijo Vyrna.

—Quizá luego querían «adornar» el túmulo un poco mejor, pero, a fin de cuentas, puesto que ahí está enterrado solamente un actor, al que apenas nadie conocía, ¿para qué molestarse en gastar el dinero? Vyrna, ¿no sacaron el cadáver luego y lo llevaron al cementerio?

—No. Moyle dijo que no quería que 1o moviesen y que desistía de su idea de ser enterrado aquí. Su esposa se mostró de acuerdo.

—Y luego emprendieron un viaje de turismo, para celebrar la «resurrección» —dijo el joven cáusticamente.

En aquel instante, Vyrna lanzó un pequeño grito.

—¡Dextry, mire!

Hayden volvió los ojos en la dirección que le señalaba la muchacha y se estremeció al ver los dos pies que asomaban por una de las esquinas del túmulo.

CAPITULO IV

Vyrna se puso una mano en la boca para no gritar. Hayden dio la vuelta al túmulo y vio por completo el cuerpo caído en el suelo.

Al cabo de unos segundos, se acercó y tocó su mejilla con dos dedos.

—Está muerto —anunció.

Un detalle llamó especialmente su atención. En el cuello del difunto se veían unas marcas muy pronunciadas, como si algo hubiera hecho presión con gran fuerza.

—Estrangulado —añadió.

Vyrna continuaba callada. Hayden se irguió.

—Tiene que ser valiente —dijo—. Me gustaría que lo viese, por si puede identificarlo.

—
Lo...
lo
intentaré...

Hayden
sonrió.

—Es periodista y un periodista tiene que acostumbrarse a ver cosas horribles. Además, los muertos no hacen daño. Venga aquí, muchacha.

Vyrna adelantó unos pasos. Cuando vio al muerto, sufrió una fuerte sacudida.

—¡Krone! —exclamó.

—Entonces, ¿lo conoce?

—Sí, claro...

Hayden sacó su agenda y la consultó durante unos segundos.

—Lou Krone. Perdió sesenta y seis mil dólares en las especulaciones de Moyle. Uno de los seis sospechosos.

—Ahora está muerto. Ya ha dejado de ser sospechoso, Dextry.

—Se equivoca, Vyrna. Un muerto puede seguir siendo sospechoso, hasta que no se descubre al auténtico criminal. Claro que en este caso, queda ya fuera del alcance de la justicia. Pero aún no podemos exculpar a Krone.

—Tiene razón —convino ella—. Pero, ¿a qué vino aquí?

—¿Estaba casado?

—Sí, tiene esposa, pero no hijos.

—Habrá que preguntárselo a la viuda. Parece que lleva bastantes horas muerto. En fin, esto es ya cosa del forense, aunque claramente se advierten las señales del estrangulamiento.

Vyrna miró a su alrededor.

—En el suelo no se aprecian huella de pisadas —dijo.

—Eso es ya asunto de los especialistas, y en Huttleton no abundan en la fuerza policial, tengo entendido. Será preciso que el jefe

Brenhold pida ayuda a Los Angeles.
—No tendrá otro remedio, Dextry, ¿qué vamos a hacer ahora?
—Se lo diré inmediatamente: tome mi coche, vuelva a la ciudad y avise al jefe Brenhold y al forense. Diga que se traigan también un fotógrafo y, por favor, no divulguen nada por el momento.
—De acuerdo, Dextry.
Cuando la muchacha hubo salido de la cripta, Hayden volvió a examinar el cadáver de Krone.

Una de las cosas que más le chocó, fue el horror petrificado en su rostro. ¿Qué había visto Krone antes de morir?

También Starleck había visto algo indescriptiblemente horrible. La comparación surgió en su mente de forma inevitable.

«Un detalle en común para los dos crímenes», se dijo.

Sin embargo, Starleck había muerto por rotura de las vértebras cervicales. En cambio, Krone había sido estrangulado.

No tardó en llegar a una conclusión.

—La relación entre ambas muertes es inexistente —murmuró.

Hayden salió de la casa y se reunió con Vyrna. que aguardaba en la puerta.

—¿Ha dicho algo?

El joven se sentó en el coche y sacó cigarrillos.

—Está deshecha, lógicamente. El médico no me ha permitido hablar mucho con ella y le ha dado un sedante. Mañana volveré a interrogarla, pero, de momento, he obtenido un dato importante.

—A ver, diga.

—A las tres y media de la madrugada, aproximadamente, alguien llamó a la puerta de la casa de los Krone. El bajó a abrir. Su esposa le oyó discutir brevemente con un descono- cido. Estaba muy enfadado, como pasa cuando a uno le despiertan a esa hora sólo para enterarse de que es un despistado que se ha equivocado de casa.

—No resulta agradable, en efecto —sonrió Vyrna—. ¿Qué más?

—Bueno, ella estaba adormilada, pero, sin embargo, oyó el ruido del coche y se dio cuenta de que su esposo se marchaba de casa. Entonces, despertó del todo y bajó a la cocina a hacerse un poco de café. Luego se sentó a esperarle, pero volvió a quedarse dormida.

—Me extraña que no haya avisado a la Policía...

—Vyrna, nosotros salimos para Holmfield a eso de las nueve de la mañana, hora en que la señora Krone se despertó por segunda vez. Cuando quiso avisar a la Policía, alarmada por la tardanza de su esposo, usted ya había traído la noticia.

—Comprendo. ¿Ha pedido ya refuerzos?

—Sólo un especialista en huellas, que no tardará mucho en llegar. Yo iré con él a Holmfield y le acompañaré hasta que haya terminado su tarea. Mientras, voy a ser espectador de un espectáculo nada agradable. Se lo digo, por si quiere volverse. No le reprocharé que no me acompañe, Vyrna —dijo Hayden.

—¿Qué espectáculo es ése?

—

La

autopsia

de

Krone.
Vyrna
tragó
saliva.

—Mañana es miércoles y sale el periódico. Debo publicar un reportaje —contestó.

—Acabará por endurecerse —sonrió él.

Sin embargo, no entraron en la sala de autopsias, y aguardaron en una estancia contigua, hasta que salió el forense, todavía con el delantal de goma gruesa.

—Estrangulamiento, no cabe duda —dijo—. Falta, todavía, el análisis de las vísceras, por si hubiese ingerido alguna droga antes de su muerte, aunque no lo creo probable. Tengo la sensación de que estaba plenamente consciente cuando fue atacado.

—¿Ha observado fractura de vértebras cervicales, doctor? —preguntó Hayden.
—No, pero sí una terrible compresión de los cartílagos de la faringe y la laringe. El acceso de aire a los pulmones debió de quedar cortado instantáneamente. Y todavía algo más, y es un detalle que me intriga enormemente, porque no consigo encontrar una explicación plausible.
—¿A qué detalle se refiere?
—Las huellas del estrangulamiento. Parece como si Krone hubiese muerto estrangulado por un esqueleto.
Hayden sintió extrañeza.
—¿Un esqueleto?
—Sí. Bueno, unas manos descarnadas, en las que sólo quedasen los huesos, por lo menos, en los dedos. Las marcas son inconfundibles —dijo el forense.
—Quizá se trata de la obra de un sádico —apuntó el joven—. No es concebible que un esqueleto ande por ahí, estrangulando a la gente, doctor.
—Lo mismo pienso yo, pero encontrar a ese esqueleto, o al sádico que asesinó a Krone, es cosa suya. Bien, con su permiso...
Hayden se volvió hacia la muchacha, que estaba a un par de pasos de distancia.
—¿Ha oído, Vyrna?
—Sí —respondió ella—. Muy extraño, pero el doctor Berry es un hombre de una seriedad a toda prueba. No le habría dicho nada semejante, si no fuese cierto.
—Oh, en modo alguno se me ocurriría dudar de su palabra. Lo que sucede es que resulta algo nuevo para mí. Esas marcas introducen un factor completamente nuevo en el caso.
—¿Lo cree así?
—Ahora tendremos que buscar a una persona con inclinaciones morbosas, presumiblemente, un hombre, a juzgar por la fuerza muscular que empleó para cometer su crimen.
—Inclinaciones morbosas, con tendencias necrófilas.
—Justamente. Salgamos, Vyrna.
Fuera, respiraron el aire libre a pleno pulmón. Hayden tocó en el brazo a la muchacha.
—El ambiente, ¿le ha hecho perder el apetito? —preguntó jovialmente.
—Me recuperaré en seguida —respondió Vyrna—. Pero creo que lo conseguiré mejor en mi casa, junto a mis padres.
—Muy bien, la llevaré allí. Dígame dónde vive...
—Se lo diré y pondré un cubierto más en la mesa. Es decir, si acepta, como suele decirse, nuestro pobre condumio.

—Padeceremos juntos —rió él, a la vez que la empujaba suavemente hacia el coche.

* * *

Elizabeth Krone se hallaba un poco más repuesta a la mañana siguiente. Aun así, presentaba muy mal aspecto: sin color en el rostro y con los ojos hundidos, parecía haber envejecido de golpe diez años.

—Siento tantísimo tener que molestarla, señora Krone —dijo Hayden—. Usted, sin embargo, comprenderá mi posición y espero sepa disculparme.

—Contestaré a todo lo que sepa —manifestó ella con voz débil—. Pero me temo que podré decirle muy poco, señor Hayden. Aún no consigo explicarme cómo pudo ir mi esposo a aquella horrible casa...
—¿Había ido antes en alguna ocasión?
—No, que yo sepa, aunque sí habíamos comentado más de una vez el absurdo que significaba mantener aquella casa vacía y no intentar venderla por lo que fuese.
—¿Sabe por qué no la vendía el propietario?
—No, no tengo la menor idea. Comprenda, es un asunto que no nos preocupaba en absoluto.
—Lógico —convino Hayden—. Señora Krone, ¿tiene usted alguna idea de la posible identidad del asesino de su esposo?
—No, en absoluto.
—Tampoco sabe por qué fue a Holmfield a una hora tan temprana.
—Lo ignoro por completo, teniente.
—¿Sabe si su esposo conocía a alguien con inclinaciones digamos extrañas? La señora Krone se envaró.
—Mi marido era todo un hombre —contestó vivamente.
—Perdón, señora —rogó Hayden—, Creo que no he sabido explicarme. Al decir
«inclinaciones extrañas», no me refería a desviaciones sexuales, sino de otra índole. Digamos, por ejemplo, alguna persona con tendencias necrófilas, macabras, para que lo entienda mejor. En suma, un hombre algo... desequilibrado.
—¿Lo dice por el hecho de que mi marido apareciese muerto en la cripta de Holmfield? Hayden prefirió no darle a conocer el resultado de la autopsia.
—Bien, sí —contestó.
—Es decir, usted piensa que el asesino pudo citarle allí...
—Si no hubo cita, ¿por qué tenía que ir a Holmfield, señora?
—Lamento no poder ayudarle —respondió ella—. No conozco a nadie con esas características, señor Hayden.
El joven se puso en pie.
—Agradezco mucho su ayuda, señora, y, créame, siento infinito lo ocurrido. Si más adelante recuerda algún detalle que crea pueda sernos útil, no dude en llamarme a cualquier hora, en la Jefatura de Policía o en el motel Seven Palms, que es donde me hospedo. Gracias otra vez.
Hayden salió a la calle. Huttleton, pese a su reducida población, era una ciudad bastante extensa y, a menos que se dispusiera de tiempo más que sobrado, el automóvil era un medio indispensable para desplazarse de un lugar a otro. Sentado tras el volante,

consultó la lista de sospechosos, al objeto de interrogar a los cinco restantes. La relación entre ellos, los que habían perdido sumas elevadas de dinero, debía ser notablemente más acentuada que en los otros casos.

Tras unos segundos de duda, eligió el nombre de Lisa Farr. Había copiado algunos datos sobre cada uno de los sospechosos. Lisa Farr contaba treinta y dos años, viuda y sin necesidad de trabajar para vivir. Se sospechaba de ella que tenía alguna aventura de cuando en cuando, pero nunca se había sabido de un romance demasiado prolongado.

«¿Quién sabe? —sonrió para sí—. Tal vez, mi atractivo personal...»

Cuando llamó a la puerta de la lujosa casa donde vivía Lisa, se preguntó qué método debería seguir para interrogarla. ¿Dureza o persuasión?

Nadie le contestó y se sintió intrigado. Después de la tercera llamada en vano, se acercó a una de las ventanas y entonces vio algo que le hizo lanzar una exclamación.

Había una mujer tendida en el interior de la casa, absolutamente inmóvil y con los rubios cabellos completamente extendidos en tomo a su cabeza. Llevaba puesta una bata, pero se le había abierto y ello permitía apreciar que estaba sin otra prenda de ropa…

CAPITULO V

Hayden no perdió el tiempo en disquisiciones ni se le ocurrió tampoco buscar al juez para solicitar un mandato de entrada. Golpeó un cristal con el codo, metió la mano para soltar el pestillo y así pudo levantar el bastidor de la ventana.

Instantes después, se arrodillaba al lado de la mujer. Enormemente asombrado, vio que respiraba regularmente.

Luego percibió una penetrante vaharada de alcohol. Vio una botella vacía a poca distancia y un vaso caído en el suelo, y se inclinó para acercar la nariz a la boca de la mujer.

Se retiró inmediatamente.

—Menuda borrachera...

Lisa Farr aparecía completamente ajena a cuanto sucedía a su alrededor. Tras unos segundos de indecisión, Hayden acabó por alzarla en brazos y conducirla al cuarto de baño. La dejó sentada en la bañera y abrió el grifo de la ducha.

Era de manguera y la orientó primero al rostro de Lisa y luego a su cuerpo. El agua fría la hizo chillar instantáneamente y se agitó con violencia, pero también con torpes movimientos. Hayden mantuvo implacable el chorro, hasta que ella dio muestras de recobrar la consciencia. Entonces, fijó la manguera y se fue hacia la puerta del baño.

—¿Quién es usted? —preguntó Lisa con voz estropajosa—. ¿Por qué me ha traído aquí?

—Se lo explicaré luego, señora —contestó él—. Ahora voy a la cocina, para preparar café.

Lisa apareció un cuarto de hora más tarde, moviéndose todavía torpemente y con los ojos un tanto velados. En silenció, aceptó la taza de café que le ofrecía el joven. Necesitó tomar otra antes de poder emitir una sola palabra.

—Me encuentro mucho mejor —confesó—. Estaba caída en la sala, creo.

—Sí, señora. Permítame que me presente: Dextry Hayden, teniente de Policía y encargado de la investigación del asesinato de Matson Moyle, mejor dicho, del hombre que murió en su lugar.

—Ah, ya... Usted no es de Huttleton...

—El jefe Brenhold solicitó mis servicios, señora.

—Comprendo. Más café, por favor.

Hayden llenó la taza nuevamente. Lisa era sumamente atractiva, aunque ahora ofrecía un aspecto deplorable, con el pelo aún pegado a los lados de la cara y sin el menor rastro de maquillaje.

—No sé lo que me pasó —dijo ella al cabo de unos momentos

—. Me desperté muy temprano... Aún era de noche y supe que ya no podría dormir... Entonces, me sentí muy nerviosa y pensé que una copa me calmaría... Debí excederme, supongo — concluyó con triste sonrisa.

—La botella estaba vacía, señora. Lisa hizo un gesto ambiguo.

—Empecé a perder la noción de las cosas después de la tercera copa. Imagino que

continué bebiendo...
—Sin duda, para olvidar problemas personales...
—Me afectó mucho la muerte de Lou Krone.
—El cual, como usted, había perdido una suma muy elevada en las especulaciones que hizo Matson Moyle.
Lisa torció el gesto.
—La broma me costó sesenta mil dólares. Iba a ganar otro tanto y lo perdí todo — contestó—. Lástima que aquel bastardo no muriese auténticamente.
—¿Lo habría lamentado usted, en tal caso?
—¡De ninguna manera! Moyle merecía morir... pero el muy zorro se salvó y ahora no podemos actuar legalmente contra él.
—¿Tiene alguna idea de la identidad de! asesino? Me refiero al asesino que mató al doble de Moyle?
—No, ninguna.
A Hayden le pareció que la voz de Lisa era un tanto insegura, aunque bien podría deberse al alcohol, todavía no eliminado de su organismo por completo.
—¿Dónde estaba la noche en que murió el doble de Matson, señora?
—¿Es que sospecha de mí, teniente?
—Perdón, señora... Era una pregunta de rutina... Ya sé que probó su coartada, pero...
—No tuve nada que ver con esa muerte —dijo Lisa con voz crispada—. Admitiré que si hubiese sido Moyle el muerto, incluso me habría alegrado, pero... colaborar en su asesinato... no, no de ninguna manera.
—Desde luego, señora —dijo él cortésmente—. ¿Puede ahora decirme si sabe algún motivo que impulsara a Krone a ir de noche a Holmfield?
—No, en absoluto. Me parece una idea estúpida. ¿Qué podía encontrar allí?
—El ya no puede decirlo, señora —contestó Hayden—. Otra pregunta más, por favor.
—¿Sí, teniente?
—Parece ser que Krone fue asesinado por alguien que tiene inclinaciones, digamos, fúnebres. Muy posiblemente, está un tanto desequilibrado, aunque no lo muestre de forma habitual. ¿Se le ocurre algún nombre?
—No, en absoluto.
Hayden decidió que ya había concluido la entrevista.
—Gracias, señora.
Ella se puso en pie y forzó una sonrisa.
—Creo que me encontró en una situación... inconveniente.
—Usted no lo advirtió —repuso Hayden.

—Le aseguro que no es mi costumbre levantarme de madrugada para beber. En esta ocasión, fue… una excepción.
—Sí, desde luego.
—Teniente, me gustaría que viniese en otro momento. Deseo borrar de alguna manera la mala impresión que haya podido obtener de mí.
—Oh, un pequeño tropiezo lo tiene cualquiera —rió Hayden—. No se preocupe; es

algo que no tiene la menor importancia. Señora…

Cuando salió a la calle, consultó la agenda nuevamente. El nombre elegido fue el de Eileen McCluskey, a quien, apenas le fue posible, formuló la misma pregunta sobre un asesino con inclinaciones necrófilas.

* * *

La señora McCluskey se había divorciado el año anterior y su marido tenía diez años menos que ella. Según las malas lenguas, se había cansado de mantener a un vago que, además, aprovechaba su dinero, para corretear detrás de mujeres más jóvenes.

Se sabía que en una ocasión ella le había dicho que podía tener dos hombres como él con sólo chasquear los dedos. El marido había contestado que con la décima parte de su dinero podía tener tres mujeres a la vez y que sumadas sus edades, no alcanzarían la de la esposa. Aquello parecía haber sido la gota de agua que hizo rebosar el vaso de la paciencia de la dama, quien, sin más, inició los trámites de divorcio de su voluble marido.

Eileen McCluskey había sabido maniobrar bien, consiguiendo que el juez decretase la separación por infidelidad del marido, con lo que no había tenido que pagar un solo dólar a su mujeriego cónyuge. Al verla, Hayden pensó que hacía mucho tiempo ya que el único atractivo de Eileen consistía en su dinero, pese a los visibles esfuerzos que ella hacía por mantener la ficción de una juventud y una belleza que ya no volverían.

Eileen meditó unos segundos sobre la pregunta que la habían formulado. Al fin, meneó la cabeza enérgicamente.

—No, en absoluto. No conozco a nadie con esos defectos, teniente —manifestó—. Y no comprendo tampoco qué pudo ocurrirle a Lou para acudir a Holmfield a una hora tan intempestiva. Es algo que me resulta absolutamente inexplicable.

—¿Ha estado usted en Holmfield alguna vez, señora?

—

No,

nunca.

—Pero, sin duda, sabía que la casa pertenecía a Moyle,

—Teniente, ¿acaso quiere implicarme en el crimen que costó la vida al pobre diablo que se hizo pasar por el estafador que me birló ochenta y dos mil dólares

—Por favor, señora —rogó Hayden—. Simplemente, estoy investigando el caso…

—¡Yo no tuve nada que ver con esas muertes! —protestó Eileen chillonamente.

—Sin duda, se refiere también a la de Lou Krone. Ella se quedó cortada un segundo.

—Pues claro, teniente. ¿A qué otra muerte me podía referir? —dijo al cabo.

—Usted, sin embargo, habló con el suplantador, esto es, con el hombre que sustituyó a Moyle. ¿No se dio cuenta de la superchería?

—Verá, teniente. Tiene que comprender una cosa. Yo no era la mujer de Moyle. A él le había visto en media docena de ocasiones, como máximo, y siempre durante muy poco tiempo, nunca más de un cuarto de hora. Una ve delante a un hombre

idéntico al que ha tratado antes y no se le ocurre pensar que es su doble, cuando no nota una diferencia tan grande que le haga sospechar de inmediato.

—Muy razonable —concordó Hayden—. Pero, según tengo entendido, debía celebrarse una reunión en la que los perjudicados más gravemente afectados debían intentar hallar una solución para recobrar su dinero.

—Esa reunión no se celebró jamás. Moyle…, esto es, el impostor, murió antes.

—Entiendo. Muchas gracias, señora.

Hayden abandonó la casa. Había algo que no le gustaba en la actitud de la señora McCluskey. No sabía definirlo, aunque le parecía haber captado cierto acento de insinceridad en su voz. «No me ha dicho la verdad o, por lo menos, parte de la verdad», pensó.

Una vez más, consultó la lista. El otro nombre era Bryce Martons, un solterón, con ínfulas de *play-boy,* el cual, según pudo apreciar poco más tarde, vivía en una casa que le resultaba demasiado grande.

Muy pronto se dio cuenta de que la casa no era grande, sino que faltaban muebles. Martons era un hombre de cincuenta y tantos años y gestos un tanto amanerados. Claramente se veía que, al igual que Eileen McCluskey, quería conservar su buena apariencia desesperadamente, pero resultaba no menos patente que no podía evitar el paso de los años.

Martons le recibió vestido con un «blazer» azul, de botones plateados, pantalón claro de franela y pañuelo de seda al cuello. Con la mano izquierda sostenía una boquilla de un palmo, en la que humeaba un cigarrillo turco.

—Setenta y siete mil dólares me costó la confianza puesta en aquel bribón de Moyle —dijo Martons con voz aflautada—. Jamás volveré a confiar en otro hombre…

El teléfono sonó en aquel momento. Martons hizo un blando ademán.

—Perdone, teniente… Levantó el aparato.

—Bryce al habla… Ah, eres tú, querido… No, hoy me es imposible; tengo sesión de masaje… ¿Que no vaya al salón de Bob Groote? Hombre, Johnny, tú estás loco… Sí, ya sé que es un bruto, pero te deja como nuevo… Bien, en todo caso, ven a la

noche y tomaremos unas copas juntos… Licor suave, por supuesto. ¿«Chartreuse»? Encantado, Johnny…

Hayden tosió, poniéndose una mano delante de la boca. Martons se volvió hacia él.

—¿Dónde estábamos, teniente? Ah, sí, el robo de Moyle. Bueno, no lloré su muerte, créame, aunque luego me llevé un disgusto cuando me enteré de que había contratado un doble. Moyle sí merecía morir.

—Señor Martons, ¿por qué cree que Moyle contrató a un doble?

—Bueno, teníamos concertada una reunión en la que se iban a poner en claro las trampas que nos había hecho y pensábamos exigirle la devolución del dinero…

—¿Se celebró la reunión?

—No.

—Es decir, antes se conoció la noticia de la muerte del hombre al que suponían que

era Moyle.
—Exacto, teniente.
—¿Pensaban recobrar el dinero?
—Yo consulté después con mi abogado. Me dijo que aún perdería más, porque, incluso admitiendo la infidelidad de Moyle, no se podría probar jamás que cometió una estafa. Simplemente, le confiamos nuestro dinero, equivocó las jugadas de Bolsa y perdió.
—Comprendo. Entonces, no le mataron por despecho.
—Pero, ¿qué dice, hombre? ¿Iba a devolvernos el dinero después de muerto, si vivo no podía hacerlo?
Hayden sonrió.
—Un razonamiento muy lógico —repuso. Luego hizo la misma pregunta que ya había formulado a las dos mujeres y Martons contestó negativamente.
—¿Un tipo con tendencias necrófilas? No conozco a nadie; no tengo relaciones con gente con problemas psíquicos.
«Son otros problemas», pensó Hayden.
—Gracias, señor Martons. Ha sido usted muy amable. Cuando salió a la calle, se encontró con una sorpresa.
—Venga, Dextry —dijo Vyrna impetuosamente —. Tiene que oír algo verdaderamente extraño. ¿Sabe?, todo el día ando buscándole...
—He ido de un lado para otro, sin parar apenas. ¿Qué ha ocurrido?
—Lo sabrá cuando lleguemos al hospital. Mi padre es el administrador y oyó ciertos comentarios entre los médicos. Hizo unas cuantas preguntas y luego me llamó. Dijo que podría interesarle a usted.
—Pero, bueno, ¿qué es, Vyrna? —preguntó él, impaciente.
—Tenga paciencia, hombre. En seguida lo sabrá.
El coche rodaba ya velozmente en dirección al hospital.
—Tenga cuidado —dijo Hayden, porque era Vyrna la conductora—, no sea que vayamos a quedarnos allí una temporadita.
—Estoy un poco nerviosa —confesó ella—. ¿Qué ha conseguido hasta ahora, Dextry?
—Una frase algo preocupante —respondió él—. Pero se lo diré más tarde, cuando hayamos interrogado a la persona a quien vamos a visitar en el hospital.
—¿Cómo sabe...?
—Elemental, querido Watson —remedó Hayden—. Puesto que ni usted ni yo necesitamos por ahora de cuidados médicos,

resulta lógico pensar en que vamos a visitar a alguien que puede facilitarnos datos interesantes sobre el caso.

—Es, cierto —dijo Vyrna—. Y lo más asombroso del caso es que cuenta una historia a la que nadie ha prestado el menor crédito.

CAPITULO VI

El hombre estaba recostado sobre una pila de almohadones, con la cabeza vendada. Hayden vio numerosas venillas rojas en sus pómulos y también apreció las bolsas debajo de los ojos. No tardó mucho en adivinar la principal debilidad del paciente.

—Pipp —dijo Vyrna—, le presento al teniente Hayden, de la Policía de Los Angeles.

Dextry,
este
es
Pipp
Dwell.

—El borrachín del pueblo —exclamó Dwell con voz aguardentosa —. Bueno, alguien tiene que desempeñar el papel y a mí no me cuesta nada —añadió sarcásticamente.

—Salvo, de cuando en cuando, un buen porrazo, ¿verdad, Pipp? —dijo ella.

—Muchacha, no te ensañes con el caído —dijo el paciente—. Sé compasiva con las debilidades humanas y piensa que tú también eres de carne y hueso... —La miró apreciativamente y meneó la cabeza—. Y muy bien «construida» —añadió.

—Vamos, Pipp, déjese de rodeos. Cuéntele al teniente lo que vio hace dos noches. Dwell se estremeció. Su tono burlón desapareció en el acto.

—Los médicos dicen que fue una visión, provocada por el exceso de alcohol. Admito que llevaba encima una cantidad más que regular, pero, oigan, yo sé distinguir bien a las personas aunque esté borracho, siempre que no me haya dormido...

—¿A quién vio, Pipp? —preguntó el joven.

—A Moyle, señor.

—Moyle está vivo.

—Bueno, era su doble... Tenía la cara casi descarnada, pero le conocí... y vi en su pecho los agujeros de las balas...

—¿Está seguro?

Dwell levantó una temblorosa mano.

—Lo juro, señor. Era él... bueno, el tipo que se hizo pasar por Moyle, pero como eran tan parecidos...

—¿Le vio las manos?

—Las llevaba enguantadas, señor. Y poseía una fuerza descomunal. Me tocó un poco y yo salí disparado, como si me hubiese golpeado un campeón de los pesos fuertes... ¡Dios, qué golpe! Nunca me había pasado una cosa semejante, se lo a seguro. Además... Bueno, olía a muerto que no había quien lo aguantase... ¡Era un muerto que andaba! —dijo Dwell casi chillando.

—Sin duda, aquel empujón fue la causa del golpe que recibió usted en la cabeza —dijo Vyrna.

—Sí, claro. Perdí el sentido y he estado casi veinticuatro horas sin conocimiento. Cuando me preguntaron qué me había pasado, conté mi historia, pero nadie quiere creerme. Los médicos dicen que fue un sueño alcohólico... ¡y yo juro que sucedió realmente, que no lo soñé! ¡No, señor, no fue una alucinación...!

Gruesas lágrimas rodaban ahora por las mejillas del paciente. Hayden se inclinó sobre él y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Vamos, anímese, Pipp. Usted vio a ese hombre, sin duda alguna. Yo le creo y la señorita Erickson también. ¿No es así, Vyrna?

—Desde luego —contestó la chica.

Dwell pareció sentirse mejor.

—Ustedes son distintos —sonrió—. Son amables, comprensivos y... Teniente, ¿no tendría por ahí cinco «pavos»? Enviaría a una enfermera a comprar un poco de jarabe para la tos... —Dwell tosió fuertemente—. Es un jarabe especial, del que no hay en la farmacia del hospital...

Hayden sonrió. Sacó un billete y lo puso en la mano del paciente.

—No abuse de las dosis demasiado elevadas —recomendó.

—No, señor. Seguiré mi propia receta: sólo un trago cada vez — contestó Dwell alegremente.

Hayden y Vyrna abandonaron la habitación. Ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué opina usted, Dextry? El joven suspiró.

—Los muertos no salen a pasear por el parque a las tantas de la madrugada — contestó—. Pero, por otra parte, resulta bastante extraño, ya que Dwell tuvo la visión poco después de las tres y media. Y, recuerde, ésa fue la hora en que Krone recibió la visita inesperada.

—Vamos, Dextry, no irá a decirme ahora que cree en fantasías. Dwell, él mismo lo reconoce, es el borrachín del pueblo. Los médicos aseguran que está al borde del *delirium tremens* . Eso hace ver cosas horribles... y, simplemente, él creyó ver al doble de Moyle.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho venir con tanta urgencia al hospital si luego íbamos a escuchar algo increíble?

—Lo siento. Mi padre me dijo que posiblemente estaba relacionado con la muerte de Krone. Francamente, yo no creí que íbamos a escuchar una historia absurda de labios de un beodo habitual.

—Para mí, algo vio, indudablemente —dijo Hayden con acento pensativo—, Pero claro, el alcohol distorsionó la visión y le hizo creer que había visto cosas que sólo existieron en su imaginación. Quizá, cuando esté completamente repuesto, pueda dar más detalles y, sobre todo, de una forma más concreta.

—Es posible —admitió ella—, Pero creo recordar que ha dicho haber oído una frase preocupante. ¿Cuál es la frase y quién la ha pronunciado?

—Verá —respondió el joven—. Es indudable que Moyle había concertado una reunión con las seis personas más afectadas por su

incapacidad para manejar el dinero ajeno. Hasta ahora, todos a quienes he interrogado niegan que esa reunión se haya celebrado. Pero, ¿por qué esas seis personas tenían que estar ausentes de Huttleton en la fecha de la muerte de Moyle?

—De su doble, no lo olvide usted.

—Bueno, lo mismo da. Alguien había planeado matar a Moyle y éste lo sabía, por más que diga lo contrario. Para mí, no hay duda; la reunión se celebró y fue entonces cuando uno de los congregados disparó contra el doble de Moyle, en presencia de los otros. Naturalmente, los demás lo niegan y ello por una sencilla razón.

—¿Cuál, Dextry?

—Estaban de acuerdo en eliminar a Moyle como represalia por haber perdido su dinero. De otro modo, ¿no cree usted que alguno de los seis habría denunciado ya al asesino?

—Es posible, pero, en tal caso, ¿por qué no lo ha hecho?

—Por una razón muy simple: todos temen ser acusados de conspiración para dar muerte a una persona y la pena puede ser igual que la que reciba el que disparó el revólver.
—Parece increíble… —dijo Vyrna—. Pero, en tal caso, le va a resultar muy difícil probarlo, Dextry.
—Para eso estoy aquí, ¿no? —sonrió Hayden.
—Bien, y ahora, dígame: ¿qué le ha hecho pensar en la posibilidad de una conspiración?
—La frase que mencioné antes. Lisa Farr me dijo que, si Moyle hubiese sido realmente el muerto, se habría alegrado, pero de ningún modo hubiera colaborado en su asesinato.
—La idea de colaboración sugiere casi automáticamente la de conspiración —dijo Vyrna.
—Justamente —corroboró Hayden.

*

*

*

Despertó súbitamente porque había oído algunos ruidos extraños en la planta baja. Achilles Wendell se sentó en la cama.
—¿Qué te pasa? —preguntó su mujer.
—Ladrones —contestó él secamente, mientras empezaba a ponerse la bata.
—Llama a la Policía…
—¡La Policía! —dijo Wendell con sarcástica entonación—. Esa cuadrilla de vagos que viven a costa del contribuyente… Se dejarían robar la placa y no se enterarían en absoluto.

Metió los pies en las zapatillas, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un revólver de pavorosa apariencia.

—Algún maldito drogadicto, sin dinero para conseguir el veneno que necesita —dijo rabiosamente, mientras se precipitaba hacia la escalera.

—Ten cuidado, Achilles —recomendó su mujer aprensivamente.

Wendell llegó muy pronto a la planta baja y se acercó al lugar de donde procedían los ruidos. Abrió una puerta y divisó una alta silueta junto a un estante, revolviendo afanosa- mente los numerosos irascos que había allí.

El hombre se indignó.

—Maldito ladrón…

Terminó de abrir la puerta y avanzó un paso.

—Amiguito, la juerga ha terminado. Tengo un revólver apuntándole y, si no alza las manos en el acto, le volaré los sesos.

El desconocido giró en redondo. Wendell le vio la cara y creyó que sufría alucinaciones.

—No, usted no… No puede ser…

Reinaba un espantoso hedor en la estancia. A pesar de que faltaban trozos enteros de carne en aquel rostro, Wendell pudo reconocerlo fácilmente.

Pero, al mismo tiempo, sintió un terror espantoso. Incluso se olvidó de que tenía un arma en la mano.

Un brazo avanzó hacia el revólver. Los ojos de Wendell se desorbitaron al ver una mano descarnada, en la que los huesos blancos y mondos ofrecían un aspecto horripilante.

Aquella mano esquelética golpeó el revólver y lo hizo saltar hasta la pared opuesta, a más de cinco metros de distancia. Wendell sintió un terrible dolor en la muñeca y notó que las piernas le flaqueaban.

La mano con dedos que no tenían envoltura carnal, se acercó a su garganta. Wendell percibió un horrible dolor en la garganta y se desmayó.

*

*

*

Estaba terminando de desayunar cuando oyó el chirrido de unos frenos ante el comedor del motel en que se alojaba. A los pocos segundos, vio entrar a un hombre de uniforme.

—¿Teniente? El jefe Brenhold le ruega que acuda inmediatamente; tiene algo urgente que comunicarle.

Hayden se limpió los labios.

—En seguida estoy con usted, Lackton.

Tomó el último sorbo de café y se puso en pie. Jesse Lackton, un veterano agente de la Policía local, se volvió hacia el joven, mientras caminaban en dirección al automóvil que aguardaba a pocos pasos de distancia.

—Le aseguro que no había sucedido en Huttleton nada semejante, señor. Es algo totalmente incomprensible, sobre todo, si se piensa en la persona de la que proviene la información.

—¿Quién es, Lackton?

—Achilles Wendell, el farmacéutico, señor.

—¿Han asaltado la farmacia?

—Eso parece. Pero lo curioso del caso es que no robaron dinero. Sólo algunos medicamentos...

—Un ladrón de drogas, Lackton, no le dé más vueltas. ¿Eso es lo que le preocupa al jefe?

—Algo más, señor, pero no ha querido ser explícito. Por eso me envió a buscarle a usted.

Lackton accionó el contacto, dio al conmutador de sirena y el coche arrancó como un cohete. Cuando se detuvo en la puerta del hospital, Hayden creyó que iba a salir disparado a través del parabrisas.

Brenhold le aguardaba en el primer piso, ante una puerta junto a la cual había también otro policía. El jefe parecía muy ansioso de ver a Hayden.

—Wendell ha contado una historia fantástica —dijo—. Yo no me lo creo, pero, naturalmente, pensé que debía llamarle a usted inmediatamente. Espero no haberle molestado, teniente.

—Al contrario, jefe. Sea lo que sea, y aunque parezca que no tiene la menor importancia, llámeme siempre, cualquiera que sea

la hora. Bien, ¿qué le ocurre al farmacéutico? ¿Le han robado drogas?

Brenhold abrió la puerta.

—Entre y hable con él —indicó.

El paciente tenía una venda en torno al cuello y el brazo derecho enyesado. Estaba con

los ojos cerrados, pero los abrió al oír el ruido de la puerta.

—Achilles, te presento al teniente Hayden —dijo Brenhold—. Puedes contarle a él todo lo que me has dicho antes a mí.

—No me creerá —se quejó Wendell.

—Hable y no se preocupe de más —sonrió el joven—. Usted diga lo que vio, sin temer a los comentarios ajenos. Si dice la verdad, no tiene por qué avergonzarse de nada.

—Achilles es abstemio, teniente —dijo Brenhold—. No se le puede confundir con el borrachín de Dwell... pero, parece ser, que los dos han visto a la misma persona.

Hayden entornó los ojos.

—Esa persona le atacó a usted, señor Wendell —dijo.

—De un manotazo me rompió la muñeca. Luego, me puso la mano en el cuello. Creí que iba a estrangularme, pero, por lo visto, apretó muy poco. Sin embargo, fue suficiente para hacerme perder el sentido.

—¿Qué pretendía el hombre que le atacó? —preguntó Hayden.

—Buscaba drogas, no me cabe la menor duda. Pero tenía un aspecto tan horrible... Si no supiese que Moyle está de viaje, diría que fue él quien me atacó.

—Por favor, señor Wendell, cuénteme con todo detalle lo que sucedió.

El farmacéutico habló durante unos minutos. Al terminar, Hayden hizo un gesto de asentimiento.

—Le prometo que investigaremos a fondo —manifestó—. Oiga, ¿sería posible saber las drogas que se llevó el ladrón?

—Yo estoy impedido por ahora, pero pueden pedírselo a mi ayudante. Conoce la farmacia tan bien como yo y, precisamente, hizo el inventario de existencias no hace mucho tiempo.

—Yo me encargaré de hablar con Edgar, Achilles —dijo el jefe Brenhold—. Ahora, procura curarte y no te preocupes de más. —Se volvió hacia el joven—, Edgar Arnold es el ayudante de Achilles, teniente —aclaró,

—Perfectamente. Avíseme apenas conozca el resultado de la investigación.

—Descuide, teniente.

CAPITULO VII

—¿De modo que ya son dos los que han visto al cadáver que anda?

Hayden asintió, mientras removía el azúcar de su taza de café. Estaban sentados en un discreto rincón de un bar, al que le había conducido la muchacha cuando se encontró con él a la salida del hostal.

—Dos, en efecto —respondió Hayden—. Y no se puede dudar de la palabra de Wendell.

—Yo
dudaría,
Dextry —dijo
Vyrna.

Hayden alzó
las cejas.

—¿Por qué? Wendell es un hombre equilibrado...

—Bebe.

—Vyrna, el jefe Brenhold me dijo
que es casi abstemio. Ella soltó
una risita.

—A Wendell le gusta desempeñar el papel de hombre aficionado a la templanza. Está muy bien considerado en la comunidad y, si se conociera su vicio, su prestigio caería por los suelos.

—Parece que está bien informada de la vida y milagros de sus convecinos — comentó Hayden.

—Me lo contó mi padre hace tiempo. Una vez le sorprendió con una botella ya mediada en las manos. Wendell le rogó que fuese discreto. A mi padre no le importó en absoluto, sólo que no le compra ya más que medicinas que vienen preparadas de los laboratorios. Por si acaso, ¿sabe?

—Entonces, ¿qué opina usted, Vyrna?

—Muy sencillo. El ladrón existió. No es la primera vez que una farmacia es asaltada por alguien que tiene tanta necesidad de drogas como falta de dinero. Wendell lo oyó, bajó a investigar, según él, y el ladrón resultó ser el cadáver que anda. Lo más probable es que estuviera abajo, dándole a la botella.

—A espaldas de su esposa, claro.

—La señora Wendell es muy comprensiva con el vicio de su marido, que ella comparte también en muchas ocasiones —rió la muchacha.

—¡Uf! Vaya una gente que hay aquí —se escandalizó Hayden —. Claro que eso pasa en todas partes... Entonces, usted no

cree en la historia de Wendell.
—No, Dextry.
—Entonces, ¿qué me dice de las huellas encontradas en el cuello de Krone? Vyrna guardó silencio.
—¿No me dice nada? —preguntó Hayden.
—Sí —repuso ella—. Pienso que el asesino de Krone, a fin de despistar, añadió el toque macabro de unas manos descarnadas que estrangulan a la gente. Tal vez
«fabricó» unas manos artificiales... No sé, yo no creo que el actor ande por ahí, como un vampiro de película...
Hayden llamó al camarero para pagar el gasto.
—Tendré en cuenta su opinión —dijo—. Y ahora, perdóneme porque he de visitar a

otro de los sospechosos.
—Le acompañaré, Dextry.
—Lo siento. Quiero ir solo; si le viese a usted, tal vez se mostraría reacio a contestar a mis preguntas. El hombre al que yo le interrogue, puede negarse a contestar determinada pregunta, por supuesto, pero si se siente inclinado a dar una respuesta y ve que una periodista está delante...
—Cerrará el pico —suspiró Vyrna.
—Exacto —sonrió él.
—Al menos, ¿puede decirme a quién piensa interrogar?
—No hay inconveniente. El nombre es Alden, John Jacob Alden.

* * *

Con gran parsimonia, Alden cortó la punta de un enorme cigarro con una afilada navajita y luego se dedicó a la placentera tarea de encenderlo. Pasaron casi dos minutos antes de que decidiese que el cigarro tiraba satisfactoriamente.

—Le diré una cosa, teniente —habló al fin—. Sólo siento que el asesino se equivocase.

—Según usted, Moyle estaría mejor muerto —dijo Hayden.

—No le quepa la menor duda —Alden hizo un amplio ademán con el brazo—. He trabajado muy duramente para alcanzar esta posición. Comprenderá que no me haga gracia que un desaprensivo me despoje de algo que me ha costado ganar tanto.

—Usted parece, mejor dicho, es, un avispado hombre de negocios. En tal caso, ¿cómo se dejó embaucar por Moyle? Los ojos de Alden chispearon de ira.

—Hasta el hombre en quien más confías puede darte un disgusto cuando menos te lo piensas —contestó.

—No cabe duda. Pero, dígame, la pérdida del dinero, ¿no le hizo sentir a usted rencor hacia Moyle?

—¡Ya lo creo! Cuando supe la noticia, si le hubiese tenido al alcance de mis manos... Bueno, no sé lo que hubiera hecho en aquellos momentos, porque estaba realmente furiosísimo, pero luego pude controlarme y empecé a pensar en la mejor forma de recobrar el dinero.

—Hasta que se convenció de que era una empresa imposible.

—Por desgracia, así sucedió.

—Luego convocaron a una reunión de los afectados que

habían perdido sumas mayores que el resto, a fin de plantear a Moyle el problema de la devolución del dinero.

—En efecto, así fue.

—¿De quién partió la idea, señor Alden? El hombre hizo un gesto vago.

—No podría decirlo ahora —contestó—. Pienso que casi fue una idea simultánea de todos cuantos habíamos sido estafados por Moyle.

—¿Estafados o simplemente perjudicados? En ambos casos, se habría perdido el

dinero, indudablemente, pero son palabras con matices muy distintos. La una significa que la ley puede intervenir. La otra...

—Lo sé, lo sé, teniente —dijo Alden vivamente—. En este caso y, aunque consideremos la palabra estafa como sinónimo de perjuicio, perdimos sumas muy importantes de dinero. No podremos perseguir a Moyle judicialmente, pero siem- pre consideraremos que fuimos estafados.

—Comprendo —sonrió Hayden—, De modo que la idea de la reunión fue, prácticamente, de todos.

—Yo diría que sí, teniente.

—¿No hubo alguien que, al menos, hiciera una sugerencia en tal sentido antes que ninguno?

—Con sinceridad, no lo recuerdo. Ahora bien, sí puedo decirle que uno de los que apoyaron la idea con más entusiasmo fue Wackerman.

—¿Sabe cuánto perdió el señor Wackerman?

—Según dijo él, unos ciento quince mil dólares.

—¿Y usted?

—Más de ochenta mil.

—En total, la suma que perdieron los seis asciende a medio millón. Aproximadamente, claro.

—Sí, una cosa así. —Alden lanzó una gruesa interjección—. Y ahora, ese bastardo está disfrutando de un dinero que nos robó, dándose la vida del turista de lujo, sabe Dios por qué rincón del mundo...

—¿No saben adónde se fue con su esposa? Alden hizo un gesto negativo.

—Llegó, apareció, pasó una noche y, a la mañana siguiente, él y su mujer hicieron- las maletas y se marcharon. Eso es todo lo que sé —contestó.

—Muchísimas gracias —Hayden se puso en pie—. Señor Alden, le agradezco infinito que haya respondido a mis preguntas y le ruego dispense las molestias.

—No tiene que agradecerme nada. Deseo cooperar con la ley —contestó el aludido.

Vyrna aguardaba en el coche. Sabía que no podía asistir al interrogatorio y se había quedado fuera de la casa. Cuando vio que salía el joven, accionó la llave de contacto.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Hayden se

dejó caer en
el asiento.
—Ninguna. Alden no ha dicho nada que no sepamos ya —respondió.
—Muy bien. ¿Adónde vamos ahora?
—Wackerman.
—Volando, señor —exclamó Vyrna jovialmente—, ¿Duro de pelar Alden?
—Astuto. Mide bien cada palabra que pronuncia.
—¿Significa eso alguna posibilidad en su contra?
—Sólo la tendríamos si pudiéramos comprobar su coartada.
—El jefe Brenhold las comprobó. Incluso la de mi padre.
—¿También lo consideraba sospechoso?

—Hombre, perdió diez mil dólares…
—Vyrna, Moyle debía de ser un tipo muy persuasivo, porque consiguió que un montón de personas le confiaran su dinero. Eso no se consigue con tanta facilidad; no es como comprar un libro que te venden a domicilio o una caja de detergente. ¡Caramba!, yo me lo pensaría muy bien antes de dejar mi dinero a una persona, a menos que la conociese a fondo.
—Según parece, Moyle tenía un don especial para convencer a la gente. Es de esos tipos de mirada franca y sonrisa abierta, que te inspiran confianza en cuanto has cambiado con él cuatro palabras. No sé decirle más.
—Sí, hay gente de esa clase, que serían capaces de vender plumas a las gallinas, si las gallinas tuviesen dinero.
Ella se echó a reír.
—Lo ha acertado. Moyle era uno de ésos, Dextry.
—Y, por lo general, suelen tener éxito con las mujeres.
—Moyle lo tenía, aunque ahora parece que ha vuelto al redil, marchándose de viaje con su esposa.
—Perdió más de medio millón en especulaciones y se va de viaje… Seguramente, es un viaje que le costará mucho dinero…
—Oh, eso no le preocupa. Edith Moyle tiene bastante dinero. Ella fue lo suficientemente lista para quedarse a cubierto durante la tempestad.
—Quiere decir que no confió ninguna suma a su esposo.
—Según todos los indicios, no le dejó ni diez centavos.
Además, se llevaban muy mal. Incluso se hablaba de una posible ruptura.
—¿Por qué, Vyrna?
—Puede que Moyle no fuese el inventor de la frase «infidelidad conyugal», pero era uno de los que la ponía en práctica con más entusiasmo.
—Y, sin embargo, ahora se han reconciliado…
—Quizás el susto de saberse muerto, de enterarse que el doble contratado había sido asesinado en su lugar, le hizo recapacitar y decidió abandonar su vida de continuos amoríos.
—A veces ocurre, en efecto —convino el joven—. Vyrna, avíseme cuando lleguemos a casa de Wackerman.
—Ya estoy buscando sitio para el coche —respondió la muchacha.
Hayden entró en el edificio donde Wackerman tenía su oficina y salió a los pocos momentos.
—¿Qué ha dicho? —preguntó Vyrna.
—Nada. Se fue esta mañana a cazar patos.
—¿Cazar patos?
—Eso es lo que me ha dicho su

secretaria, Vyrna. La chica consultó su reloj de pulsera.

—Son poco más de las doce —dijo—. ¿Qué le parece si almorzamos?

—Encantado —accedió él sonriendo.

—Tendrá que esperar a la noche para hablar con Wackerman en su propia casa.

—Sí, eso parece. ¿Lo conoce usted?

—Un poco.

—¿Qué opinión tiene de él?

—Duro, autoritario, escasamente amable y capaz de pasar por encima de cualquiera, con tal de conseguir lo que desea, a poco que vea una mínima posibilidad.

—¿Violento?

—En ocasiones.

—Podría tomársele como principal sospechoso, ¿no cree?

—Tiene una coartada perfecta, Dextry.

—A veces, las coartadas demasiado perfectas resulta refutables, Vyrna.

—Lo siento, no sé qué decirle.

—Está bien, no se preocupe. Ahora bien, un hombre de las cualidades de Wackerman, ¿pudo haber sido tan ingenuo como para confiar su dinero a Moyle?

—Dureza y energía no son cualidades que se conjuguen siempre con la astucia. Wackerman puede ser muy duro y violento, pero, en cuanto a inteligencia, Moyle se supera ampliamente.

—Y, sin embargo, goza de una buena posición.

—Heredó el negocio da su padre y no ha tenido que estrujarse los sesos para mantener la misma línea. Su posición económica es excelente, a lo que contribuyó el matrimonio con una mujer que también aportó sus caudales.

—Pero se dejó embaucar por Moyle.

—Usted lo ha dicho: Moyle vendería cualquier cosa a cualquiera; el artículo más disparatado a la persona más inteligente y menos necesitada de lo que se le ofreciera.

—Bien —suspiró Hayden—, después de esto, vamos a concentrarnos en el almuerzo y a esperar que Wackerman vuelva de su inesperada cacería de patos.

CAPITULO VIII

Encendió el quinqué y bajó lentamente a la cripta, que aparecía sumida en un profundísimo silencio. Desde unos metros de distancia, contempló el túmulo sobre el que se hallaba el sarcófago de ladrillo y yeso. Al cabo de unos momentos, dejó la escopeta apoyada en la pared y se acercó al túmulo.

Tocó la tapa del sarcófago, una pesada plancha de cemento pero, aunque bastante delgada, no pudo moverla. Rabioso, golpeó la cubierta con el puño.

—¿Eres tú? —dijo rabiosamente.

Al cabo de unos momentos, giró sobre sus talones y salió fuera de la casa. El aire libre refrescó su cara y le hizo sentirse un poco mejor.

Al cabo de unos momentos, echó a andar. A unos doscientos pasos de la casa, el suelo era húmedo y blando, casi esponjoso en muchos sitios. No obstante, encontró un lugar situado ligeramente en alto, seco, y se sentó al pie de un sauce, en cuyo tronco quedó apoyada la escopeta.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. A lo lejos se veía un extenso trozo en el que brillaban las aguas casi estancadas. Los patos revoloteaban sin cesar, pero Wackerman no sentía deseos de cazar en aquellos momentos.

Transcurrió un buen rato. Wackerman se dijo que ya era hora de regresar.

Repentinamente, se levantó una racha de viento, que trajo un hedor indescriptible.

—¡Uf, vaya peste! —rezongó.

Se puso en pie y se volvió, para recoger la escopeta, pero, con enorme asombro, vio que no estaba en el lugar donde la había dejado.

Frunció el ceño. Sus pensamientos no habían sido tan intensos como para actuar maquinalmente y no saber dónde dejaba el arma. Tenía la completa seguridad de que la había dejado apoyada en el sauce.

El hedor persistía, pese a que se había calmado el viento. Un súbito presentimiento le hizo volverse.

Entonces lo vio, a dos pasos de distancia y con el arma en las manos descarnadas...

Wackerman quiso gritar, terriblemente asustado, pero la escopeta se alzaba ya y vomitó dos fogonazos.

Las bocas de los cañones, inclinados de abajo arriba, rozaban casi su barbilla.

Después del estruendo, Wackerman, prácticamente decapitado, se derrumbó como una masa inerte.

El arma cayó al suelo, junto a él. Las aves acuáticas, asustadas por la detonación, habían alzado el vuelo, emitiendo sonoros graznidos de protesta.

* * *

Eran las diez de la noche y Wackerman no había dado aún señales de vida.

—Creo que me iré a casa —dijo Vyrna.

—Yo también —contestó Hayden—. Ya le veré mañana.

Hayden dejó a la muchacha en su casa y regresó al motel. Vyrna había insinuado la

posibilidad de una aventura amorosa de Wackerman, encubierta con el pretexto de una cacería de patos. No era la primera vez, por otra parte.

Cuando llegó a su alojamiento, fue al baño y se dio una buena ducha. Al terminar, se sirvió una generosa dosis de whisky. Empezó a preguntarse si su estancia en Huttleton no acabaría en un fracaso, lo cual no añadiría precisamente lustre a su carrera.

De pronto, llamaron a la puerta. En bata, abrió y se encontró frente a un hombre de unos treinta y cinco años, medio calvo y de aspecto un tanto tímido.

—¿Teniente Hayden?

—Sí., yo soy.

—Me llamo Edgar Arnold y soy el ayudante y dependiente principal del señor Wendell, el farmacéutico.

—Ah, sí, oí mencionar su nombre... Pase, señor Arnold —invitó el joven sonriendo—.

¿Le apetece un trago?

—Bueno, no soy muy aficionado, pero, en ocasiones, una copita resulta estimulante.

—Sin duda alguna.

Hayden puso licor en el vaso y se lo entregó al visitante.

—Tiene algo que decirme, señor Arnold.

—Sí, señor —Arnold tomó un trago, tosió un poco, se disculpó y añadió—. Estuve hablando con el jefe Brenhold, pero me recomendó que viniera a decírselo a usted. Recuerda sin duda el asalto a la farmacia del señor Wendell.

—Oh, sí, desde luego. ¿Faltaban muchas drogas?

—Eso es lo raro, teniente. Yo también pensé en la posibilidad de un drogadicto, pero, por extraño que parezca, no falta ni un solo gramo de nada que esté prohibido por la ley. Ya sabe, morfina, estimulantes y cosas por el estilo. Todo cuanto es droga prohibida ha aparecido.

—Entonces, el asaltante buscaba dinero...

—No, señor. Lo único que se llevó fue el «Provitus».

—¿«Provitus»? —se extrañó Hayden—. No he oído nunca ese nombre. ¿Qué clase de medicina es?

—Verá, según el prospecto médico, se trata de un medicamento regenerativo de las células, algo así como una droga rejuvenecedora, especial para casos de intenso agotamiento o senilidad aguda. Puede administrarse en inyecciones intravenosas, aunque también existe ¡a composición para vía oral. Esta es de efectos mucho más lentos, aunque no menos seguros, y se aplica a pacientes cuyo estado no exige una gran urgencia en el tratamiento o, simplemente, reacios al pinchazo de una aguja.

—Comprendo. De modo que se llevaron el «Provitus»...

—Seis frascos de cien centímetros cúbicos, todas nuestras existencias.

—¿Vendían mucho esa medicina?

—Nada, en absoluto, señor.

—¿Por qué?

—Estaba prohibida por la Comisión Federal de Drogas y Medicinas. No se había experimentado lo suficiente y sus efectos, pese a lo que dijera su autor, el doctor Starleck, no habían sido suficientemente comprobados.

Hayden respingó.

—¿Ha dicho Starleck?
—Sí, en efecto. ¿Lo conoce usted, teniente?
El joven pensó inmediatamente en el asesinato de Starleck.
—No, pero he oído hablar de él —respondió, evasivo—. Oiga, ¿no tendrá por casualidad algún folleto explicativo de las virtudes del «Provitus»?
—Creo que sí, aunque, en todo caso, tendría que buscarlo. ..
—Mañana me pasaré por la farmacia, señor Arnold.
—Cuando guste, teniente.
—Y muchas gracias por su información. Pero no lo divulgue, por favor.
—Descuide, no diré una sola palabra.
Arnold se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, Hayden le llamó de nuevo.
—Tengo que preguntarle una cosa —manifestó.
—Dígame, teniente.
—El ladrón se llevó seis frascos de «Provitus», de cien gramos cada uno...
—Sí, cincuenta grageas por cada frasco, de dos gramos cada gragea, más el excipiente necesario.
—Ya. Y, dígame, qué dosis es necesaria para... que se advierta ya una mejoría en el paciente?
—Según el autor, con veinte grageas, a cuatro diarias, ya se nota una gran mejoría. En dos semanas podrían desaparecer todos los síntomas de agotamiento. Al mes, las canas empezarían a disminuir y se notaría una indudable recuperación de la vitalidad, incluso en el aspecto sexual. Entonces, habría que suspender el tratamiento, descansando durante dos semanas y luego tomando la medicina a días alternativos y sólo dos grageas, durante otros dos meses.
—¿Y después?
—Se consideraría al paciente curado y habría que dejar pasar un año, por lo menos, para estudiar los efectos.
—Gracias, señor Arnold.
—Buenas noches, teniente.
Una droga rejuvenecedora, pensó Hayden al quedarse solo. Si sus virtudes eran ciertas, podía decirse que Starleck había hecho un descubrimiento sensacional.
—Suponiendo que no tenga efectos secundarios —murmuró, mientras se quitaba la bata, para meterse en la cama.

*

*

*

—La droga de la juventud —dijo Vyrna a la mañana siguiente, pasmada de asombro al escuchar las palabras del joven.
—Eso parece, aunque Washington oficialmente prohibió su venta, hasta tanto no se tengan mejores elementos de juicio para aprobar su divulgación como medicina que pueda expenderse legalmente.
El coche rodaba en dirección a la farmacia. Arnold les vio llegar y salió a la puerta.
—Lo siento mucho, señor. He buscado por todas partes, pero no he conseguido

encontrar un solo folleto explicativo del «Provitus» —dijo.
—Está bien, no se preocupe. Muchas gracias, de todas formas.
—Seguiré buscando, a pesar de todo. Y si es preciso, escribiré al doctor Starleck...
—No se moleste. El doctor Starleck está muerto.
Arnold, se quedó con la boca abierta. En aquel instante, se oyó un fuerte chirrido de frenos.
El coche de Lackton se detuvo junto al de Hayden. Lackton hizo un gesto con el brazo.
—¡Teniente, sígame! —gritó—. Han encontrado el cadáver de Wackerman.
Lackton ya no dijo más y arrancó con la sirena conectada. Hayden, tras unos segundos de indecisión, pisó el acelerador nuevamente y salió detrás del automóvil policial.
Minutos más tarde, avistaban Holmfield. El jefe Brenhold estaba ya allí, con otro hombre. Ambos parecían enormemente afectados.
—Horrible —dijo Brenhold—. Casi no le queda cabeza.
Hayden vio un bulto tendido en el suelo, cubierto por una manta. Al lado había una escopeta.
—¿Han tocado algo? —preguntó.
—No —repuso el jefe—. Todo está tal como lo encontró el señor Peters. Harvey, cuéntale al teniente lo que viste al llegar aquí.
Harvey Peters asintió.
—Vine a cazar patos —dijo—. No había dado una veintena de pasos, cuando vi ese cuerpo tendido en el suelo. Me puse malo, créame, teniente. Nunca había visto una cosa tan horrible...
—¿Cómo supieron que era Wackerman?
—preguntó Hayden. El muerto había quedado irreconocible. Brenhold dijo:
—La escopeta. Tiene sus iniciales en la culata.
—¿Cuál es su opinión, jefe? —inquirió Hayden.
—Suicidio. Los asuntos le iban mal desde que Moyle jugó a la bolsa con su dinero. Está claro que se puso la escopeta bajo la barbilla y apretó los dos gatillos a un tiempo.
Hayden levantó el pico de la manta y volvió la cabeza en el acto. Luego se retiró un poco y contempló el arma que yacía en el suelo.
—Señor Peters...
—¿Teniente? —contestó el cazador.
—¿Seguro que no tocó el arma del lugar en que está ahora?
—Absolutamente, señor. Al verle caído, me acerqué y luego me retiré unos pasos. Sé lo que se debe hacer en un caso como éste, de modo que...

—Gracias. —Hayden se volvió hacia Brenhold—. Disculpe, jefe, pero no creo en el
suicidio.

—¿Por qué? —se extrañó Brenhold.

—Wackerman cayó de espaldas, después de recibir la descarga fatal. Fue una caída fulminante, ni siquiera tuvo tiempo de dar un paso. Se desplomó hacia atrás, sin que sus pies se movieran del sitio en que se hallaban. Entonces, la escopeta habría tenido que caer sobre su cuerpo o, todo lo más, quedar pegada a un costado. Pero está a más de dos pasos de distancia.

—Comprendo. Tendremos que buscar las huellas.

—Hágalo, jefe. Para mí fue un asesinato.
—¿Y los motivos?
—Parte del medio millón que Moyle perdió en especulaciones de Bolsa.
—También algún marido engañado… Wackerman era muy aficionado a cazar en tierras ajenas, y no sólo patos —dijo Brenhold.
—Pudiera ser, pero si Wackerman hubiese visto llegar a ese marido ofendido, se habría defendido… o tal vez el marido le hubiese disparado con su propia escopeta.
—Perdonen que intervenga —dijo Vyrna—. Quizá el asesino amenazó a Wackerman con su escopeta, o el arma que fuese, y lo desarmó, para, a continuación, disparar con la propia escopeta de Wackerman y así hacer pasar la muerte por un suicidio.
Repentinamente, sonó un grito:
—¡Eh, miren esto!
Todos se volvieron en el acto. Lackton sostenía con dos dedos un zapato que aparecía manchado de barro.
Hayden se acercó a grandes zancadas. Lackton señaló un punto del suelo.
—Está muy húmedo y el asesino, sin duda, lo perdió…
El joven se puso en cuclillas. Había allí unas pisadas nítidamente marcadas en el suelo y que provenían del lugar donde había sido encontrado Wackerman. Un poco más adelante, vio una huella que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.
Vyrna la vio también y sintió un escalofrío.
—¡Dios mío, no puede ser…!
En el suelo fangoso, pero relativamente consistente, se veía con toda claridad la huella dejada por un pie en el que ya no quedaba una brizna de carne.
—La pisada de un esqueleto —murmuró Hayden.
Un tétrico silencio cayó repentinamente sobre el lugar. Al cabo de unos instantes, Hayden se incorporó y empezó a seguir aquel rastro macabro.
Las pisadas, alternativamente, mostraban la huella de un zapato y de un pie descarnado. A cien metros de la casa, el suelo se tornaba firme, de tierra dura, y el rastro desaparecía por completo.

CAPITULO IX

—Quizá fue a la casa —apuntó Vyrna a mediodía, mientras tomaban el almuerzo.

—Si fue, se marchó luego, porque ya no encontramos más rastros —dijo Hayden.

—¿Puede un ser humano caminar con un pie derecho en el que sólo quedan los huesos?

—Vyrna, ¿quiere que le dé mi opinión sobre el caso?

—Se lo agradeceré, en nombre de mis lectores.

—Pienso que el asesino de Wackerman tiene un acusado sentido del humor.

—¿Por qué?

—Sin duda, ha oído hablar de las señales de manos descamadas en la garganta de Krone. Wackerman era un sujeto muy robusto y no se arriesgó a atacarlo directamente. Si a Krone lo había matado un esqueleto, ¿por qué no podía morir Wackerman de una forma semejante?

—Sí, pero la huella...

—Hoy día se venden esqueletos artificiales para estudios de medicina.

—Un poco sofisticado, ¿no cree?

—Así sucede en todo asesinato que se ha premeditado durante mucho tiempo. Vyrna. El asesino llega a límites inconcebibles en su afán por complicar las cosas y evitar ser descubierto.

—Bueno, pero es que hoy en día nadie creería que hay un esqueleto «vivo» que anda por ahí, dedicándose a la tarea de eliminar a ciertas personas.

—No, nadie lo creería, y sin embargo...

Hayden se interrumpió de pronto. Vyrna le miró con interés.

—¿En qué está pensando? —preguntó.

—Desaparecieron las drogas elaboradas por el doctor Starleck. Este, como no ignora, murió asesinado. El forense que examinó su cadáver dijo que había tenido relación con él en tiempos, pero que lo despidió por chiflado. Según parece, Starleck investigaba ciertas drogas que permitían vivir después de la muerte.

Vyrna se puso pálida.

—Entonces... Moyle... bueno, no, Farmer, el actor que lo sustituyó, está vivo...

—No-vivo, pero tampoco no-muerto.

—Un «zombie».

—Posiblemente.

Ella se retorció las manos,

—Dextry, estamos en pleno siglo XX, casi acabándolo. No pueden suceder cosas asi, no es posible... Nadie vive después de muerto... y

menos aún cuando se han recibido dos proyectiles en el pecho...
Lackton entró de pronto en el restaurante.
—Tengo noticias para usted, teniente. Hayden hizo un ademán.
—Siéntese y tome café con nosotros —invitó.
—Gracias, señor. El zapato que encontramos pertenecía a Moyle.
—¿Cómo lo saben?
—El jefe sabía dónde compraba Moyle su calzado. Me envió a enseñárselo al zapatero.

Este lo ha identificado sin lugar a dudas. Es más, ha dicho que se los compraron después de su muerte.
—¿Qué? —respingó el joven.
—Verá... Cuando encontramos el cuerpo del hombre a quien creíamos Moyle, las ratas habían roído buena parte del cuero de sus zapatos. La viuda dispuso que se le enterrase con ropas nuevas y mandó comprar un par de zapatos nuevos. El vendedor lo ha identificado positivamente.
Hayden cambió una mirada con la muchacha.
—Alguien violó la sepultura de Farmer y le quitó, al menos, un zapato —dijo.
—Habría que pedir un permiso al juez para abrir la sepultura y exhumar el cadáver — opinó Vyrna.
—Me lo pensaré —respondió Hayden—. Lackton, ¿ha hablado el jefe con la señora Wackerman?
—Sí, pero no ha conseguido nada importante. Ella dice que su esposo la telefoneó poco antes de mediodía, diciendo que se iba a Holmfield, a cazar patos. Le extrañó un poco, pero no le concedió demasiada importancia. Luego, cuando empezaron a pasar las horas sin que él hubiera regresado, temió la posibilidad de un accidente y llamó a los hombres del tumo de noche. Estos empezaron a hacer pesquisas, pero entonces, poco después de amanecer, llegó Peters y...
—Sí, conozco el resto. Gracias, Lackton.
El policía se marchó. Vyrna dejó su tenedor junto al plato.
—He perdido el apetito —murmuró.
Hayden no dijo nada. Profundamente pensativo, se rascaba la mejilla izquierda con el pulgar.
—¿No me dice nada? —se impacientó la muchacha, en vista del silencio de su oponente.
—Estaba pensando —contestó él.
—¿Algo importante?
—Sí. Primero quiero hablar con uno de los sospechosos, una mujer, para ser exacto.
—¿Puedo conocer su nombre?
—No hay inconveniente. Lisa Farr.
—¿Y después?
—Tendré que hablar con el doctor Kiepura.
—¿Quién es ese médico?
—Uno de los más reputados forenses de Los Angeles, nipoamericano, como habrá deducido de su apellido.
—¿Quiere que venga a hacer la autopsia del cadáver de Wackerman?
—No. Quiero que me explique todo lo que sepa acerca de
las teorías del difunto doctor Starleck, autor del «Provitus» y

creyente en la vida después de la muerte.
—Todos nosotros lo creemos…
—El lo creía de un modo muy distinto. Nosotros pensamos en la vida inmortal. El se refería a una vida común y corriente.
—Si es la vida de un «zombie», no vale la pena, Dextry.
—A lo mejor, el «zombie» opina de otra forma, Vyrna.

—Opinar es lo mismo que pensar. ¿«Piensa» un «zombie»? Hayden hizo un gesto de cansancio.

—No entremos en especulaciones metafísicas que somos incapaces de resolver — contestó—. Lo mejor será que pague la cuenta y vaya a hablar con Lisa Farr.

—Tenga cuidado, Dextry.

—¿Por qué? ¿Muerde? —sonrió él.

—Pues... morder no sé si muerde, pero algunos dicen que parece una serpiente pitón

—contestó Vyrna maliciosamente.

—Procuraré no dejarme envolver en sus anillos... —dijo Hayden.

* * *

La señora Wackerman estaba tendida en su lecho, con un pañuelo húmedo sobre la frente. La habitación se hallaba en penumbra. Ella había tomado un sedante, pero los efectos empezaban a pasarse y volvía a recobrar la consciencia.

Estaba sola en la casa. La doncella había salido a hacer algunas compras, aprovechando que estaba dormida, después de que el médico la asistiera del «shock» producido por la noticia de la muerte de su marido.

La mente de May Wackerman empezaba a despejarse, aunque todavía veía las cosas turbias. Sus oídos, sin embargo, se hallaban en mejores condiciones.

De pronto, creyó oír un ruidito en el piso inferior.

Haciendo un esfuerzo, levantó la voz para llamar a la sirvienta, pero no obtuvo respuesta. Después de varias intentonas, decidió levantarse, cosa que logró no sin esfuerzo.

Agarrándose a las paredes, fue primero al baño y se mojó la cara. La frialdad del agua mejoró notablemente sus sentidos. Los ruidos proseguían en la planta baja.

—¿Qué demonios estará haciendo esa mujer? —se indignó.

La sirvienta que tenían no le agradaba en absoluto y había hablado de despedirla tiempo atrás. Le habían faltado algunos objetos y sospechaba de ella. Ahora, pensó, estaría aprovechando la ocasión, para robar algo de valor y desaparecer.

Una vez estuvo a punto de rodar por las escaleras, pero consiguió agarrarse al pasamanos. Al fin, llegó al piso inferior.

Los ruidos procedían del despacho privado de su esposo. Abrió la puerta de golpe y vio una figura inclinada sobre el escritorio.

Era una mujer. Vestía ropas oscuras, con pantalones, y llevaba un gorro negro, de punto, a través del cual escapaban algunos rizos rubios. Ella agarró de pronto un papel y se lo puso en el bolsillo

posterior de los pantalones.

May lanzó un agudo grito:

—¿Qué está haciendo ahí?

La ladrona se volvió de pronto. May no pudo verle bien la cara, porque llevaba puestas unas grandes gafas de color. Pero, casi en el mismo instante, la intrusa saltó hacia adelante.

May intentó cerrarle el paso. Sus fuerzas, sin embargo, estaban muy disminuidas,

como consecuencia de! sedante, y no pudo conseguir sus propósitos. La otra le asestó un terrible empellón y la tiró al suelo. Luego huyó a la carrera.

La señora Wackerman estuvo a punto de perder el conocimiento nuevamente. Pero pudo recobrarse y se arrastró hacia el teléfono.

* * *

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. Lisa Farr abrió al fin, anudándose el cordón de la bata. Hayden sonrió cortésmente.

—¿Puedo hablar con usted?

Ella hizo un gesto de resignación.

—Supongo que no está en mi mano evitar más preguntas —dijo.

—Puede negarse, en efecto. Pero...

—Vendría con un papelito firmado por un juez y se acabarían mis negativas. No siga, conozco el sistema.

—¿A fondo?

—Veo la televisión. Proyectan películas policíacas, teniente. Se aprende bastante, créame.

—No lo dudo, señora Farr.

Hayden captó de pronto un cierto olor a quemado. Aspiró el aire varias veces y luego buscó con la mirada, hasta dar con un cenicero en el que se veían restos de unos papeles ennegrecidos. Tocó las cenizas. Estaban tibias. Lisa pareció ponerse nerviosa.

—No me mire así. Eran unos papeles sin importancia —dijo.

—Los papeles sin importancia suelen ir a la basura, señora Farr.

—Estaban aquí y no quise molestarme en ir hasta la cocina.

—Ah, ya...

Hayden la contempló unos instantes. Lisa tenía puesta una bata, pero debajo llevaba pantalones. Ella captó sus miradas.

—Iba a cambiarme de ropa cuando llegó usted —dijo—. Debajo de la bata sólo llevo los pantalones.

—Claro, claro.

—Si lo duda, puedo demostrárselo —sonrió Lisa, a la vez que hacía ademán de soltarse el cinturón.

—Por favor... Termine de cambiarse de ropa, no se preocupe por mí. ¿Le importa que me sirva una copa?

Lisa movió la mano.

—Considérese en su casa, teniente.

—Puede llamarme Dextry indicó él.

—Lo tendré en cuenta.

Ella se marchó. Hayden se acercó al cenicero y estudió los papeles quemados.

El fuego había actuado parcialmente sobre su estructura. Sin duda, pensó, Lisa había soplado las llamas cuando oyó el timbre de la puerta. Pese a que estaban quemados,

aún conservaban cierta consistencia.

Con gran cuidado, utilizando el índice y el pulgar, pudo levantar uno de los fragmentos, que amenazaba con desintegrarse en cualquier momento. Colocándolo a contraluz, pu- do apreciar unas líneas escritas.

Asimismo divisó tres nombres. Uno de ellos era el de Lisa Farr. Otro era el de Loy Krone. El último era el de Wackerman.

Trató de leer los renglones que había sobre las firmas. Costaba mucho; el fuego había actuado con notable eficacia. Pero en la composición de la tinta entraban ciertos elementos metálicos, que habían resistido un poco más.

De repente, notó un fuerte soplido. Una mano hizo volar los restos del papel, convertidos bruscamente en minúsculas briznas de ceniza.

—No le interesa en absoluto lo que había ahí escrito —dijo Lisa con áspero acento. Hayden se volvió. Los ojos de Lisa fulguraban diabólicamente. Casi sintió miedo.

—Ahora sé de veras lo que sucedió —dijo.

—¿Sí? —se burló ella.

—Ustedes seis conspiraron para asesinar a Moyle. Uno de los seis fue el autor de los disparos.

Lisa adelantó el busto hostilmente.

—Admitámoslo —exclamó—. En todo caso, ya no quedan pruebas y no podrá acusarnos de nada.

Hayden fue a decir algo, como respuesta a las agresivas palabras de la mujer, pero el teléfono sonó repentinamente y decidió esperar unos segundos.

CAPITULO
X

Lisa tendió el teléfono hacia su visitante.
—Es Vyrna Ericson, esa entrometida larva de periodista —dijo ácidamente—. ¿Cómo sabia que usted estaría en mi casa?
—Se lo dije cuando almorzábamos. No tenía por qué ocultárselo, aunque, evidentemente, no deseaba que me acompañase. ¿Me permite? —sonrió Hayden, a la vez que alargaba la mano hacia el teléfono.
Ella se lo cedió de mala gana. Hayden oyó en seguida la voz de la muchacha.
—Dextry, una ladrona ha asaltado la casa de los Wackerman. La mujer pudo sorprenderla, registrando el escritorio de su esposo, pero la intrusa la empujó y pudo escapar. La señora Wackerman no cree que falte dinero, pero sí vio a la desconocida guardarse un papel en el bolsillo del pantalón.
—Oh, entiendo. Siga, Vyrna, por favor.
—May Wackerman dice que no conocía a la ladrona, pero que le pareció era rubia. Vestía ropas oscuras, con pantalones, gorro de punto y llevaba lentes de color. ¿Cree que esto pueda tener relación con el caso?
—Quizá. La llamaré luego, Vyrna. Muchas gracias. Hayden dejó el teléfono en la horquilla. Sonriente, dijo:
—Cuando llegué, hablábamos de una copa, señora Farr.
—Claro —accedió ella—. ¿Le han dicho algo importante?
—¿Qué documento es el que ha robado no hace mucho rato en casa de Wackerman? El pulso de Lisa no temblaba en absoluto.
—Puedo negarlo —respondió.
—Sólo quedan cenizas, en efecto, y usted las ha dispersado. Pero, ¿le importa que yo le diga cuál es el documento que ha robado?
—A ver, dígamelo —contestó ella, sonriendo desafiadoramente.
—Ustedes conspiraron para asesinar a Moyle, sin saber, por supuesto, que éste quería evitar riesgos y había contratado a un doble. Incluso firmaron un documento, con el cual quedaban comprometidos a guardar silencio. En ese documento, muy probablemente, se mencionaba el nombre del autor de los disparos.
—Listillo el hombre, ¿eh? —dijo Lisa, con acento sarcástico.
—Todavía más. Le diré quién fue el ejecutor material de la muerte de Hedyll Farmer, entonces Moyle, para ustedes seis.
—Wackerman.
—¿No tiene miedo de admitirlo?
—No admito nada, teniente. El documento ha quedado

completamente destruido. Wackerman ha muerto y ya no podrá hacer presión sobre ninguno de nosotros. Aunque alguno flaquease y declarase la verdad, los demás lo negaríamos rotundamente. No hay forma humana de probar que conspiramos para asesinar a Moyle. Es cierto que murió otro en su lugar, pero da lo mismo. ¿Qué podría hacer usted para acusarnos ante un tribunal?

— Nada, evidentemente.

Lisa retiró el vaso, todavía intacto.
—Muchas gracias por su visita, teniente.
Puede retirarse. Hayden se encaminó hacia la puerta. De pronto, se volvió.
—A pesar de todo, Moyle está vivo todavía —dijo.
—El que muere, muerto está —respondió Lisa fríamente—. Yo no creo absolutamente en las historias de no-muertos o vivos-no-muertos, como lo prefiera.
—¿Quién ha mencionado aquí ese detalle? —preguntó él.
—A veces, Moyle hablaba sobre ese asunto. Era un tema que le gustaba.
—¿Por qué?
Lisa se encogió de hombros.
—Un capricho como otro cualquiera, supongo —dijo.
—¿Lo comentaba con usted?
Ella sonrió burlonamente.
—No me haga más preguntas, que no voy a responderle —manifestó—. Ahora resulta que está vivo y, parece, nuevamente enamorado de su mujer, por lo cual resultarla indiscreto mencionar hechos pasados.
—Indudablemente. Lo malo es que el pasado, a veces, vuelve sin que nosotros lo deseemos.
—No haga caso de fantasías, teniente. Su obligación es atenerse a los hechos reales. De lo contrario, no progresará mucho en su carrera.
Era inútil seguir la conversación, decidió Hayden. Hizo una inclinación de cabeza, abrió la puerta y salió a la calle.

* * *

—Una mujer coriácea. Más todavía, puro granito —comentó Hayden al reunirse con la chica.
—Lisa Farr siempre fue muy resuelta, desbordante de energía —dijo Vyrna, a la vez que le pasaba un cigarrillo encendido—. ¿Fue ella la que estuvo en casa de los Wackerman?
—Sí. No lo admite, pero fue ella.
—No lo comprendo. ¿Qué quería robar? Dinero no podía haber mucho en la casa...
—La conspiración, pese a lo que aleguen en contra, es cierta. Ella misma se delató cuando pronunció la frase «colaborar en el

asesinato». Es más, incluso redactaron un documento que, indudablemente, comprometía a todos, pese a que sólo uno de ellos apretó el gatillo.

—¿Wackerman?

—Seguramente.

—Pero, ¿por qué él y no otro?

—Será cosa de apretar las clavijas a los supervivientes. Alguno de ellos flaqueará y nos lo dirá.

—¿Cómo supone que fue Wackerman?

—Lisa fue a su casa y la viuda vio que se guardaba un papel, en cuyas cenizas, no consumidas de una forma absoluta, vi yo tres nombres y algunas frases que

mencionaban los propósitos de dar muerte a Moyle. —Hayden explicó detalladamente lo ocurrido en casa de Lisa y prosiguió—: Ella tenía que saberlo, naturalmente, y, al enterarse de la muerte de Wackerman, corrió a apoderarse de ese documento. Cuando yo entré en su casa, se percibía aún el olor a papel quemado.

—¿Representaba mucho para ella la destrucción de ese documento?

—¡Por supuesto! Wackerman fue el autor material de los disparos que mataron a Farmer, pero guardaba el documento, como una especie de seguro, por si alguno de sus cómplices sentía la tentación de delatarle. Los cinco restantes podían ser acusados también de asesinato, ¿comprende?

—Su pena no habría sido apenas inferior a la de Wackerman —murmuró ella.

—Justamente, Vyrna.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Lo primero de todo, veré al jefe Brenhold y le diré que obtenga una orden judicial para registrar la casa de Wackerman y encontrar el arma homicida. Después, como ya había anunciado, hablaré con el forense Kiepura.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco?

—Pensé que iría a interrogar a los tres cómplices...

—Es casi seguro que Lisa les habrá telefoneado, mencionándoles la destrucción del documento comprometedor. A estas horas, ya está prevenido y el interrogatorio resultaría inútil. Esperemos unas horas a que se confíen de nuevo. Quizá entonces pueda pillar desprevenidos a alguno de ellos, aunque sin un documento que lo pruebe, será muy poco lo que pueda hacer. Prácticamente, nada, como Lisa dijo muy bien — contestó él desatentadamente.

—En resumen, un crimen que quedará impune.

—La verdad se sabrá de todos modos, y, aunque legalmente no se les pueda castigar, quedarán en entredicho ante la gente.

—No perderán el sueño —dijo Vyrna—. La verdad es que Moyle no era un tipo demasiado apreciado en Huttleton.

—¡Pero es que no mataron a Moyle, sino a su doble!

Vyrna se quedó muy pensativa. Pero ya llagaban a la Jefatura de Policía y Hayden refrenaba el coche.

—Haré que Brenhold vaya a registrar la casa de los Wackerman —dijo, cuando ya se apeaba.

Minutos después, Brenhold se disponía a cumplir el encargo indicado por el joven. Hayden pidió comunicación inmediatamente con la oficina del forense de Los Angeles. Una secretaria le contestó a los pocos momentos:

—El doctor Kiepura no está, teniente. Hoy ya no volverá, pero, si lo desea, puede llamarle a su casa, a partir de las nueve de la noche. Sé que tiene que asistir a una reunión científica y que no regresará antes de la hora mencionada.

—Gracias, señorita. Sí, lo llamaré a su casa. Adiós.

El jefe Brenhold regresó al atardecer, acompañado de Lackton y otro agente. Traían un revólver que habían encontrado enterrado en un rincón del jardín de la casa de Wac- kerman, aunque, eso sí, muy bien envuelto en plástico, para evitar la oxidación.

—¿Por qué no tiró el arma a los pantanos? —se extrañó Hayden.
—Era un hombre muy tacaño —replicó Brenhold—. Si no tiene inconveniente, voy a hacer las pruebas de balística.
—Muy bien. Nos veremos más tarde. Vyrna aguardaba en el antedespacho.
—Dextry, ¿por qué no te vienes a mi casa a cenar con nosotros? Luego podríamos tomar café en el salón y así aguardarías cómodamente la hora de hablar con el doctor Kiepura.
Hayden sonrió.
—Es una invitación muy tentadora —calificó.
—La cena no será nada del otro mundo, pero estará hecha en casa. Mamá es una buena cocinera.
—Tengo cierta debilidad por las buenas cocineras —contestó él.
—Cuidado, mamá ya tiene esposo.
—Yo me refería a los productos de las buenas cocineras. Vyrna se echó a reír.
—Creo que no tendrás queja de ella —dijo.

* * *

—Matson Moyle era un tipo bastante raro, en determinados aspectos, claro, pero muy listo por otra parte —dijo el padre de Vyrna durante la cena—. Una cosa es segura: tenía un pico de oro. Era dé la clase de hombres capaces de vender una enciclopedia a un analfabeto.
—Papá, hablas en pasado y Moyle está vivo aún —corrigió Vyrna.
—Perdón, es verdad —contestó el señor Ericson—. Además, tenía la manía de la vida después de la muerte. Yo había hablado bastante de él sobre ese asunto. Como admi- nistrador del hospital, le vi en más de una ocasión. A veces, venía para estudiar los cadáveres de las personas que acababan de fallecer.
—¿Se lo permitía usted?
—Moyle tenía... Perdón, tiene título de médico, aunque nunca ha ejercido. Yo he visto ese título y sé que es auténtico, que no se trata de un falso diploma. Por tanto, y como cortesía, le permitía examinar los cadáveres, aunque, desde luego, sin tocarlos para nada. Ahora, sin embargo, hacía mucho tiempo que no iba por el hospital, años quizá. Supongo que su curiosidad habría quedado saciada en ese aspecto o quizá le abandonó esa chifladura.
—Tenía otra chifladura y ésa es más difícil de abandonar, aunque ahora parece que lo ha conseguido —dijo Vyrna.
—¿Cuál? —preguntó Hayden.

—La fruta del corra! ajeno.

Hayden miró a la muchacha y sonrió.

—Otras mujeres —adivinó.

—Sí —confirmó Ericson—. Ahora, sin embargo, parece que se ha corregido, puesto que, tras su «resurrección», se marchó con su esposa en una especie de segunda luna

de miel.
—Será mejor que dejen el tema —propuso la madre de Vyrna—, Los hombres, vayan al salón y les serviremos el café dentro de unos minutos. Hija, ayúdame a recoger la mesa.
—Sí, mamá.
El tiempo transcurrió agradablemente para Hayden, de tal modo que, cuando se dio cuenta, habían pasado bastante de las nueve. No obstante, llamó al doctor Kiepura y esta vez consiguió localizarle.
En pocos momentos, puso a Kiepura al corriente de lo ocurrido. Luego, el forense le dijo algo que le dejó pasmado.
—¿Seguro, doctor?
—Seguro, por lo que a mí respecta, no por los efectos de la droga, en ¡os que no creo, teniente.
—Gracias, doctor.
Hayden colgó el teléfono. Vyrna le vio sumamente preocupado.
—¿Sucede algo, Dextry? —preguntó.
—Sí —contestó el joven—. Ocurre algo muy extraño. Kiepura no lo cree, pero, después de lo que hemos visto, yo sí empiezo a creer que la droga del doctor Starleck da los resultados ideados por su autor.
La muchacha sintió un escalofrío.
—¿Quieres decir que... una persona que la tome puede volver a vivir, después de haber muerto?
—Eso es algo que vamos a comprobar hoy mismo —respondió él enérgicamente—. ¿Te importa que use el teléfono nuevamente?
—Por favor... —accedió la chica.
Segundos después, Hayden estaba en contacto con el jefe Brenhold.
—Necesito urgentemente el permiso de apertura de una sepultura —dijo—. No es necesario que venga usted; envíeme simplemente a Jesse Lackton. Ah y pídale que se traiga un par de linternas y una palanca muy fuerte. Estoy en casa de los señores Ericson y le aguardo con impaciencia.
Hayden colgó nuevamente. Vyrna le miraba casi asustada. —¿Piensas... abrir la sepultura de Moyle? —preguntó. —Sí, eso es exactamente lo que quiero hacer — respondió él.
—Iré contigo, Dextry.
—Abrígate bien, hija —recomendó la señora Ericson—. Las noches son aún muy frías en este tiempo.

CAPITULO XI

—Tiene usted una madre encantadora. Vamos a abrir una sepultura a las once de la noche y todo lo que se le ocurre decirle a usted es: «Abrígate bien, hija,»

Vyrna se echó a reír.

—Mi madre tiene convicciones muy sólidas y una de ellas es no creer en nada que no sea real —contestó—. Los fantasmas no le asustan, Dextry.

Estaban llegando ya a Holmfield. Lackton conducía el coche y, apenas se detuvo, agarraron las linternas y la barra de hierro y se encaminaron hacia la cripta.

Lackton atacó primero la losa del sarcófago, que no estaba sujeta con argamasa ni otra sustancia adherente. Al cabo de unos momentos, consiguió desplazarla ligeramente a un lado.

—Si empujo un poco más, caerá —advirtió—. Puede romperse...

—Ya la reconstruiremos —dijo Hayden—. Adelante, Jesse.

El policía hizo fuerza nuevamente. Lentamente, la losa superior fue resbalando a un lado hasta que, de pronto, cayó con gran estrépito y se rompió en varios fragmentos.

—Moyle no se gastó demasiado dinero en su tumba —comentó Hayden irónicamente.

—Bueno, parece ser que, después de muerto, iban a colocar unos adornos de escayola, mediante moldes. El me lo dijo así, cuando apareció más tarde y se descubrió que no era el muerto. Claro que, una vez que Farmer había ocupado su puesto, se desentendió de añadir adornos al sarcófago. Era un gasto que no quería hacer ya — explicó Lackton.

Hayden asintió y se acercó al sarcófago. El féretro estaba a la vista.

—Sencillito y barato —dijo—. Evidentemente, Moyle no quería gastar el dinero en una tumba que ya no podía ocupar. Jesse, está cerrado con llave. Tenemos que levantar la tapa.

—Sí, señor.

Lackton empleó sin escrúpulos un recio formón y un martillo, En pocos momentos, hizo saltar las presillas. Luego, levantó la tapa.

Vyrna se empinó de puntillas para ver el interior del ataúd. Un grito brotó incontenIblemente de su garganta:

—¡Está vacío!

Hayden asintió.

—Me lo esperaba —dijo sencillamente.

—¿Sabías que lo encontraríamos vacio?

—Sí, porque, pese al escepticismo del doctor Kiepura, yo empiezo a creer ahora en la bondad de la droga de Starleck…, esa extraña medicina que permite vivir después de la muerte.

—Eso es imposible, teniente —dijo Lackton.

—Era imposible hasta ahora. Los hechos nos están dando la razón.

—Pero, no lo comprendo.. —Vyrna hablaba entrecortadamente —. ¿Cómo actúa la droga en el organismo humano?

—En primer lugar, es preciso advertir que las lesiones, si la víctima muere

violentamente, no han de afectar a órganos vitales. Moyle murió de dos balazos, pero ninguno le alcanzó en el cerebro o en el corazón. Por tanto, quedó en un estado cataléptico muy pronunciado, que duró más de una semana. La droga tardó tanto tiempo en hacer su efecto, ya que depende de! organismo de cada cual. Entonces,
«despertó» y…
—¿Cómo lo sabe el doctor Kiepura?
—Encontraron libros de notas de Starleck. Kiepura los leyó íntegros, movido por su curiosidad profesional.
—El no está aquí ahora —dijo Vyrna apagadamente—. ¿Dónde puede haber ¡do? Hayden reflexionó unos instantes. Luego dijo:
—Hemos estado otras veces aquí, pero nunca se nos ha ocurrido investigar en otro sitio que no sea la cripta. Vamos arriba inmediatamente.
Lackton sacó su revólver, pero el joven hizo un ademán.
—Si nos encontramos con el muerto-vivo, las balas no servirán de nada —dijo—.
Lleve mejor la barra; es el arma apropiada.
—Creo que tiene razón, señor —contestó el policía.
Hayden agarró una de las linternas y se encaminó con paso vivo hacia la escalera. Treinta minutos más tarde, hicieron un alto, llenos de perplejidad, porque no habían encontrado el menor rastro.
De pronto, Hayden se dio una palmada en la frente.
—¡Todavía queda algo por registrar: el desván! —exclamó.
Al fondo del corredor del primer piso había una escalera que conducía al lugar mencionado. Corrió hacia allí, subió los peldaños de dos en dos y se detuvo ante una puerta que permaneció cerrada, pese a sus esfuerzos.
—
¿Jesse?
Lackton acudió con su barra y la cerradura saltó en pocos segundos. Vyrna agarró una mano del joven, pero éste se desasió con brusco movimiento y cruzó el umbral.
Había un olor pútrido que llenaba el ambiente por todas partes. Hayden dio unos cuantos pasos, pero, de pronto, se detuvo en el acto.
Vyrna miró hacia el lugar donde el joven alumbraba con su linterna. Un helado escalofrío recorrió su espalda al ver la huella de un pie descarnado, nítidamente impreso en la espesa capa de polvo que cubría el suelo del desván.
Más allá, vieron unos frascos de medicamento, algunos de ellos parcialmente consumidos. Hayden examinó la etiqueta de uno de

ellos.

—«Provitus» —dijo a media voz.

—Moyle no está aquí —murmuró la muchacha—. Ha salido… a cometer algún asesinato…

Hayden guardó silencio unos instantes. Lackton aguardaba respetuosamente las decisiones del joven.

—Dextry —dijo ella de pronto—, creo que estamos hablando incorrectamente, porque consideramos a Moyle difunto y fue Farmer el que murió en su lugar.

—No —contradijo él—. Ahora tengo la seguridad de que, pese al ardid ideado, fue Moyle la auténtica víctima de la conspiración.

—Entonces… Farmer está desempeñando su papel con la viuda de Moyle —se

estremeció la muchacha.

—Eso es ahora lo de menos —contestó Hayden—. Lo que importa realmente es que las teorías del doctor Starleck tienen confirmación práctica... y que el sujeto que lo hace es Moyle y, además, no está aquí.

De pronto, giró sobre sus talones y se encaró con Lackton.

—Vamos a su coche —dijo—. Tiene radio y es preciso avisar el jefe para que ponga protección inmediatamente en las casas de los otros sospechosos.

—Ahora mismo, teniente —respondió Lackton, a la vez que echaba a correr hacia la puerta del desván.

* * *

En la planta baja sonó un ruido de cristales rotos. Lisa Farr despertó sobresaltada.

La noche estaba tranquila y tenía cerrada todas las ventanas. No cabía, pues, la posibilidad de un golpe de viento. Preocupada, encendió la luz. Saltó de la cama y, en bata y zapatillas, se dispuso a descender al primer piso. Abrió la puerta y entonces contempló aquella horrenda figura en el umbral.

Un alarido escalofriante brotó de su garganta. Quiso cerrar, pero la mano descarnada poseía una fuerza indescriptible y la puerta cedió sin dificultad. El empujón en sentido contrario la tiró al suelo.

Enloquecida de pánico, vio al hombre que avanzaba hacia ella, con la cara destrozada y las manos descarnadas extendidas amenazadoramente.

—No, Matson, no... —dijo débilmente—. Déjame vivir... Te lo juro, yo no quería... pero ellos fueron más...

—Todos... querían... mi muerte... —dijo el hombre con voz que parecía explotar en hediondas burbujas al brotar entre sus dientes —. Tú... también...

Las manos descarnadas se cerraron en torno a la garganta de Lisa Farr. El hombre estuvo así un instante y luego ejecutó un seco movimiento hacia atrás.

Se oyó un chasquido de huesos. Lisa puso los ojos en blanco. Su cabeza pendió laciamente. Sus piernas, sin embargo, se agitaban aún ligeramente.

El hombre la soltó y ella cayó nuevamente, produciendo un ruido sordo al chocar contra el suelo. Luego, aquel cadáver viviente dio media vuelta y se alejó con paso tardo, inseguro en algunos momentos.

Salió de la casa por la puerta posterior y caminó sin prisas, en dirección opuesta a Holmfield. Apenas treinta segundos más

tarde, se vieron brillar los faros de un coche policial, que se detuvo frente a la fachada principal de la casa.

El agente vio luces y se apeó para investigar. Antes de un minuto, estaba llamando por radio a la Jefatura.

* * *

Hayden subió las escaleras en cuatro saltos y se arrodilló ante el cadáver de Lisa.

Inmediatamente, apreció las marcas en su cuello, menos pronunciadas, sin embargo, que el caso de Krone.

—Ha estado aquí —murmuró.

—Trata de vengarse de quienes lo asesinaron —dijo Vyrna. Hayden se sentía terriblemente impresionado.

—Lo peor de todo es que no podemos divulgar la noticia. Si se hiciera pública, cundiría el pánico en la población.

—Suponiendo que nos creyeran, Dextry. La gente no se sentiría muy inclinada a creer que Moyle anda por ahí, matando a la gente después de haber muerto.

—Pero se han producido unos asesinatos y eso sí es algo real y tangible —alegó el joven.

Brenhold entró en aquel momento, secándose el sudor con un enorme pañuelo rojo, azul y amarillo.

—Los edificios de los otros están suficientemente protegidos. El asesino no podrá entrar en ninguna de las casas. Además, he apostado dos parejas de agentes en los accesos de Holmfield. Si ese tipo vuelve allí, lo capturarán de inmediato.

—Está bien, jefe —aprobó Hayden—. Ya no cabe duda de que Moyle anda suelto por la ciudad. Lo que interesa ahora es detenerle antes de que escape. Recuerde, estaba en- cerrado en el sarcófago y pudo evadirse, hasta el punto de que se atrevió a viajar a Los Angeles, a fin de dar muerte al doctor Starleck.

—¿Crees que lo hizo él, Dextry? —preguntó Vyrna.

—Sí, sin duda alguna. Se taparía la cara, usaría guantes- viajaría de noche, pero lo hizo.

—¿Y los motivos?

—Están relacionados con la droga de la supervivencia. Si pudiéramos hablar con él...

—Hablar con un muerto que está vivo —se estremeció Brenhold.

—Si anda y se mueve y mata a la gente, es que está vivo y, por tanto, puede hablar. Aunque también me gustaría hablar con Farmer.

—¿Por qué? —quiso saber Vyrna.

—Hombre, tenía que morir en lugar de Moyle y resulta que ocupa su puesto como esposo. ¿Por qué no acudió a la reunión, como, sin duda, habían acordado? ¿Supo Farmer lo que iba a pasar y, de alguna forma que ignoramos, consiguió que Moyle ocupase «auténticamente» el lugar que le correspondía en la reunión?

Hubo un momento de silencio, porque nadie encontraba respuestas para las interrogantes planteadas roí Hayden. Antes de que pudieran seguir hablando, Lackton penetró en la estancia.

—Perdonen —dijo—. Acabo de tener noticias que pueden resultar

interesantes. El señor y la señora Moyle regresaron anoche de su viaje y están en casa. Me lo ha dicho una vecina a 1a que ha despertado todo este jaleo y...

Hayden ya no quiso seguir escuchando y se lanzó hacia la escalera. Vyrna echó a correr tras él, tratando de no perderle de vista.

CAPITULO XII

Hayden contuvo los deseos que sentía de echar abajo la puerta. Hervía de impaciencia y, cuando se disponía a llamar una vez más, oyó el ruido de una llave que giraba en la puerta.

—¡Por fin! —exclamó.

La puerta se abrió. Un hombre alto, delgado, de agradable presencia, con una bata sobre el pijama, le miró inquisitivamente.

—Caballero, ¿puedo preguntarle qué graves motivos son los que le traen a mi casa a estas horas de la madrugada? —dijo con acento enojado.

—Soy el teniente Hayden, de la Policía —se presentó el joven—. Usted es...

—Matson Moyle, teniente, pero aún no me ha aclarado las causas de su intempestiva visita, señor Hayden.

—Lo sabrá muy pronto, señor Farmer.

El sujeto se estremeció vivamente. Luego, una débil sonrisa apareció en sus labios.

—Ah, al fin ha averiguado la verdad —dijo—. Hizo un amplio ademán con el brazo—. Entre, por favor, pero no deje de decirme quién es la linda señorita que le acompaña.

—Vyrna Ericson, del *«HuttletonTimes»* —dijo la muchacha con desparpajo.

—Y Jesse Lackton, agente de Policía —agregó Hayden—, Jesse, quédese en la puerta.

—Sí, señor —contestó el aludido.

—Está bien, teniente. Usted tiene la palabra —invitó Farmer desenvueltamente.

—Está ocupando un lugar que no le pertenece y un nombre que no es el suyo —acusó el joven.

Farmer sonreía sin dar en absoluto muestras de temor.

—¿Usted cree, teniente?

Fue hacia una consola, destapó un frasco de vidrio tallado y se sirvió una copa.

—Si alguno desea beber, puede decirlo. Sin reparos —añadió.

—Gracias. Espero una explicación, señor Farmer —dijo Hayden, procurando mostrarse cortés en todo momento.

—La tendrá muy pronto, teniente —respondió Farmer. Elevó el tono—: Edith, querida, ¿puedes bajar un momento?

En el primer piso se oyó la voz de una mujer:

—Un minuto, por favor...

Momentos después, se oyó ruido de tacones, Edith Moyle apareció envuelta en una aparatosa bata, con cuello de plumas, y zapatillas de noche de alto tacón. Aunque tenía los cabellos sueltos y sin peinar, aparecía considerablemente atractiva.

—Edith, querida, te presento al teniente Hayden, de la Policía, a la señorita Ericson, periodista, y al agente Lackton —dijo Farmer—, Estas tres personas han venido a pedirme una explicación de mi proceder. ¿Tengo que contestarles con la verdad o debo darles una respuesta diplomática?

Los ojos de Edith, muy claros, se posaron sobre el rostro de Hayden.

—Diles la verdad, amor mío —respondió con voz firme—. Diles que, aunque no te llames Moyle, yo te considero como mi verdadero esposo y que, puesto que ahora ya se sabe que Matson murió, vamos a realizar inmediatamente los trámites para que nuestra

unión sea completamente legal.

Farmer sonrió satisfecho.

—Ya la han oído. Ella lo sabe y no sólo no le importa, sino que está enamorada de mí, como yo de ella, por supuesto.

—Sí, pero eso no aclara el enigma de la sustitución de personas en determinada situación. Porque, si mal no recuerdo, usted tenía que ocupar el puesto de Moyle en la reunión con las víctimas de sus especulaciones y que acabó con su muerte —dijo Hayden.

—Es verdad —admitió Farmer sin pestañear—. Yo tenía que desempeñar su papel y soportar el chaparrón de invectivas que los perjudicados pensaban dirigirme. Y debería haber muerto, ya que esas personas habían decidido borrar a Moyle del mundo de los vivos. Pero las cosas no sucedieron como Moyle había planeado.

—¿Por qué?

—Cuando él me contrató para la tarea de suplantarle, yo empecé a hacer algunas investigaciones por mi cuenta. Incluso vine a Huttleton, con otra apariencia, por supuesto. Ciertamente, él me había dado un par de cuartillas con detalles personales suyos, a! objeto de que pudiera contestar sin dificultad a posibles preguntas comprometedoras. Sin embargo, pude darme cuenta de que la reunión podía resultar más hostil de lo que se pensaba y no me agradó la idea de recibir algo más que palabras insultantes.

—Entonces, ¿temía ser asesinado si ocupaba el puesto de Moyle?

—No tanto. Según pude averiguar, en un principio se habló de darle un buen escarmiento, una paliza o algo por el estilo. Yo estaba dispuesto, por cierta suma, naturalmente, a dejarme insultar, pero no a ir al hospital con un montón de huesos rotos. En consecuencia, la noche en que se celebró la reunión dije a Moyle que se había pospuesto para el día siguiente y que me gustaría examinar más a fondo el escenario en que debía actuar. Ya había estado una vez, pero la visita había resultado un tanto breve.

—Continúe —pidió Hayden.

—Repito que yo conocía informaciones sobre un posible acto de violencia, aunque, desde luego, sin llegar al asesinato. ..

—¿Cómo lo supo? —preguntó el joven.

—Puedo ser muy persuasivo cuando llega la ocasión. Entablé amistad con la señora McCluskey, me hice pasar por perjudicado en las maniobras especulativas de Moyle y ella hasta me invitó a asistir

a la reunión en la que, según manifestó, iban a dar a Moyle una lección que no olvidaría jamás. Insisto en que yo pensé en una buena tanda de palos, no en un asesinato.

—¿Qué pasó después?

—Bien —prosiguió Farmer—, fuimos a Holmfield y yo procuré distraer a Moyle. Incluso le hice tomar unos cuantos tragos de más. Oh, yo podía aguantar invectivas y palabrotas en su nombre, pero no me agradaba la idea de acabar con las costillas rotas. Como ya estaba un poco bebido, no se dio cuenta de que lo hacía entrar en la estancia donde tuvo lugar la reunión. Los perjudicados llegaron casi de sopetón y no le quedó otro remedio que afrontar la situación.

—¿Presenció usted el crimen?

—No. Yo me escurrí apenas vi que llegaba el último de los perjudicados.

—Y entonces se marchó de Huttleton.

—Sí —admitió Farmer—. Estuve ausente una temporada y luego i egresé y declaré que había contratado a un doble, etcétera, etcétera... Legalmente no me podían hacer nada, ni tampoco por el dinero perdido, cosa que ya me había explicado Moyle. Eso es todo, teniente —concluyó Farmer.

Hayden miró a la señora Moyle.

—

¿Y

ella?

—La primera noche creyó que yo era su esposo. Sin embargo, no tardó en descubrir la impostura, pero no se enojó ni mucho menos cuando supo la verdad. ¿No es cierto, querida?

—No está bien que yo lo diga, pero Matson y yo habríamos acabado muy mal. Aparte de otros defectos, me era constantemente infiel —declaró Edith—, Nunca me consideró como una verdadera esposa... Bien, Hedyll es algo absolutamente distinto y yo estoy enamorada de él. Matson no pudo especular con mi dinero, porque yo no le permitía tocar un solo centavo, de modo que si se necesita gastar algo en un buen abogado, lo haré con mucho gusto. Pero Hedyll no es culpable de algo que hicieron otros. Lo único que quiso fue evitar una paliza y... ¿quién podría probar lo contrario?

—Evidentemente, no, señora —convino Hayden—. Sin embargo, el señor Farmer puede verse en peligro de ser acusado de otro grave delito. Y si éste se prueba, ni todo su dinero, señora Moyle, ni cualquier otro medio que se pueda emplear, evitará que sufra el castigo correspondiente.

Farmer adelantó el torso orgullosamente.

—¿A qué delito se refiere, teniente? —preguntó.

—Al asesinato del doctor Starleck —respondió Hayden.

* * *

Hubo un instante de silencio. Vyrna respingó, sorprendida y sobresaltada al mismo tiempo.

—No conocía al tal doctor Starleck —dijo Farmer al fin.

—Es posible que no lo conociera en persona, pero tuvo tiempo sobrado de hablar con Moyle. Este le informó de algunos detalles suyos personales, entre ellos su amistad con el doctor Starleck, amistad debida al dinero que le prestaba para sus experimentos científicos. Ese dinero procedía de las sumas que le habían sido confiadas por varias personas, para su inversión en Bolsa, lo cual explica... que no pudiera explicar satisfactoriamente la forma en que

se había perdido tanto dinero.

»Moyle le habló de la droga que Starleck experimentaba a fin de poder vivir después de la muerte. Usted, al principio, lo tomó en broma, me imagino, pero más adelante, cuando se enteró de que Moyle había sido asesinado, empezó a reflexionar y llegó a la conclusión de que sería una lástima que Moyle volviese a la vida. Había conocido ya a la señora Moyle y decidió que no podía perder a una dama hermosa ni a su fortuna.

»Por tanto, fue a visitar a Starleck, con su verdadera personalidad, claro, y cuando

supo que Moyle, en efecto, podía volver a la vida, ya que no había sido herido en ningún órgano vital, empezó a inquirir detalles. Parece que esa droga milagrosa actúa algún tiempo después del fallecimiento aparente, distinto según el organismo de las personas. Starleck tenía aún algunas muestras de concentrado y debió de decirle que era muy posible que Moyle viniese a pedirle más droga, indispensable para seguir con vida. Eso no podía permitirlo y, por tanto, lo mató y revolvió el laboratorio y destruyó todo lo que pudo. Por si Moyle resucitaba y volvía.

Farmer se echó a reír.

—Tiene usted una fantasía desbordante, señor Hayden. ¿Cómo podría probar que asesiné al doctor Starleck?

—Muy sencillo. Comprenderá que, apenas conocí el detalle de la suplantación, hice investigar al actor Hedyll Farmer y así supe que, entre otras cosas, era aficionado a la práctica de las artes marciales y que acudía con cierta regularidad á un gimnasio para su entrenamiento. Por tanto, cuando decidió asesinar a Starleck, lo hizo con las manos, quebrándole las vértebras cervicales, con lo que su muerte resultó instantánea.

Farmer se puso serio.

—No hubo testigos —dijo—. Jamás
podrá demostrar…

—En Huttleton —siguió Hayden, impasible— se han cometido otros asesinatos y en los cuerpos de las víctimas se han encontrado señales de manos descarnadas, cosa que no sucedió en el cuello de Starleck. Incidentalmente, si usted destruyó las muestras de droga vitalizadora, ignoraba, en cambio, que Starleck la había comercializado en parte, aunque con efectos mucho menos intensos. Luego le explicaré el significado de este inciso. Pero no cabe duda de que usted fue el que asesinó a Starleck.

—¡No, no! —gritó Farmer—, ¡Lo
niego rotundamente!

—Es inútil. El cadáver de Starleck no fue enterrado ni incinerado, sino que se conserva en un frigorífico —Hayden señaló las manos de Farmer—, Las huellas de sus manos se conservan asimismo con toda perfección en la garganta de su víctima y, cuando hagamos la prueba pertinente, se comprobará sin lugar a dudas que fue usted el que asesinó a Starleck.

Edith lanzó un débil grito. La expresión de Farmer cambió súbitamente. El miedo apareció en su rostro.

De pronto, dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta que comunicaba con la parte posterior de la casa. Abrió de golpe y tropezó con alguien que estaba al otro lado.

Unas manos descarnadas se aferraron a su cuello. Edith vio

aquella cosa horrible y se desmayó. Vyrna creyó que iba a enloquecer de pánico.

Farmer emitió unos ronquidos aterradores. El cadáver viviente habló y parecía que cada sílaba fuese una burbuja de hedor que explotaba en su boca sin labios:

—Hay... sitio en la tumba... para los dos... Repentinamente, se oyó un atroz chasquido.

La cabeza de Farmer quedó colgando a un lado y todo su cuerpo se desmadejó. Empezó a caer y arrastró consigo a aquel cadáver que sobrevivía después de la muerte. Los dedos descarnados seguían haciendo presión sobre la garganta de Farmer.

Ninguno de los presentes se atrevía a reaccionar. Bruscamente, los huesos de las manos se desprendieron y empezaron a caer al suelo, con un horrible sonido semejante

al de muchos dados arrojados al mismo tiempo. También se desprendieron algunos dientes y parte de la osamenta del pie derecho de Moyle.

Ninguno de los dos caídos se movía ya. Hayden entendió que los efectos de la droga del doctor Starleck se habían disipado para siempre. Moyle, volvía a morir de nuevo y esta vez, pensó, definitivamente.

* * *

—Jamás olvidaré lo sucedido —dijo Vyrna al día siguiente—, Por muchos años qué viva, no se borrará de mi memoria.

—El tiempo suavizará estos recuerdos —sonrió Hayden—. Un día, incluso, llegaremos a dudar de que tales hechos hayan ocurrido realmente.

—Pero... ¿cómo pudo escaparse de su tumba? La losa superior pesaba enormemente...

—La droga, mejor dicho, el extracto de «Provitus», confería unas fuerzas sobrehumanas. Moyle, en cierto modo, había sido siempre un hombre metódico y por eso cerró el féretro con llave, que portaba consigo. Luego volvió a colocar la lápida, a fin de que no se sospechase de él, Pero ya carecía de sensibilidad en muchas regiones de su organismo y por eso no se dio cuenta siquiera de que perdía un zapato.

Vyrna asintió.

—Para él debió ser algo horrible, comido en parte por las ratas y, sin embargo, todavía vivo...

—No podía durar mucho más. El «Provitus» sirve sólo para los vivos y sus efectos, por otra parte, son relativamente breves. Luego, aunque se tomen más dosis, el cuerpo ya no reacciona al estímulo. Es como si te tomases una aspirina sin ácido acetilsalicílico, solamente el excipiente neutro. Por eso no fue aprobada como droga apta para tratar a los enfermos.

—Lo único lamentable es que la pobre Edith se había enamorado sinceramente de Farmer. Sufrió un fuerte «shock»...

—Se repondrá, no lo dudes. Aún es joven y no anda escasa de dinero —sonrió Hayden.

Brenhold entró en aquel momento, resoplando ruidosamente y se dejó caer en un sillón.

—Estamos a punto de terminar todos los trámites legales —anunció, mientras se secaba el sudor con su enorme pañuelo de hierbas—, Dextry, muchacho, quería decirle una cosa.

—Sí, jefe —contestó Hayden.

—Yo me retiraré muy pronto. Ya tengo mis años y estoy deseando dedicarme a la buena vida. En el municipio están muy contentos

con su labor. ¿Por qué no dimite de su cargo en Los Angeles y se queda en Huttleton como jefe de Policía?

Hayden miró a la muchacha. Vyrna sonreía encantadoramente.

—Es una buena proposición, Dextry —dijo ella.

—Huttleton es una población tranquila y no todos los días hay muertos que resucitan y se dedican a asesinar a sus semejantes —agregó Brenhold—, El sueldo es bueno, tendrá

casa gratis y... Bien, Dextry, en su lugar, yo no me lo pensaría dos veces. Aunque, de todas formas, le pediría consejo a esa preciosa chica que tiene al lado.

Hayden sonrió. Alargó la mano, asió el brazo de Vyrna y la hizo ponerse en pie.

—¿Qué te parece si damos un paseo y, mientras tanto, discutimos la cuestión?

—Me parece estupendo —accedió ella—. Hasta la vista, jefe.

—Luego le daré mi respuesta, señor Brenhold —dijo Hayden.

Los dos jóvenes salieron. Al quedarse solo en la oficina, Brenhold sacó un cigarro, mordió la punta, escupió a un lado y luego procedió al delicado rito de encenderlo.

Estaba envuelto en nubes de humo azulado, cuando asomó Lackton.

—¿Qué, jefe? ¿Se queda el teniente?

Brenhold asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Se quedará, Jesse, se quedará —aseguró.

FIN


¡Cada relato, un fabuloso
viaje a las estrellas...!

